

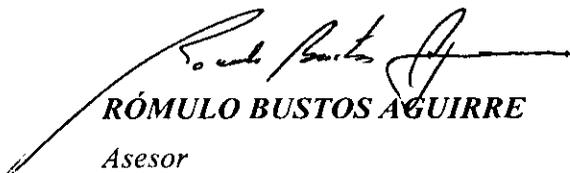
FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS
PROGRAMA DE LINGÜÍSTICA Y LITERATURA
EVALUACIÓN DE TRABAJO DE GRADO

ESTUDIANTE: *CARLOS AUGUSTO FERNÁNDEZ IMITOLA*

TÍTULO: *ANGELA VIENDO COMER EN MCDONALD'S "LA SOMBRA DEL ÁRBOL, LA LUZ DEL TELEVISOR, LA MÁQUINA DE ESCRIBIR".*

CALIFICACIÓN

APROBADO


RÓMULO BUSTOS AGUIRRE
Asesor

Wilfredo Vega B.
WILFREDO VEGA BEDOYA
Jurado

Cartagena, Diciembre 16 de 2008

ÁNGELA VIENDO COMER EN MCDONALD'S

"La sombra del árbol, la luz del televisor, la máquina de escribir"

CARLOS AUGUSTO FERNÁNDEZ IMITOLA

UNIVERSIDAD DE CARTAGENA
FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS
PROGRAMA DE LINGÜÍSTICA Y LITERATURA
CARTAGENA DE INDIAS

2008

T
C864
F391

3

ÁNGELA VIENDO COMER EN MCDONALD'S

"La sombra del árbol, la luz del televisor, la máquina de escribir"

CARLOS AUGUSTO FERNANDEZ IMITOLA

TRABAJO DE CREACIÓN LITERARIA PARA OPTAR AL TÍTULO DE PROFESIONAL
EN LINGÜÍSTICA Y LITERATURA

ASESOR

RÓMULO BUSTOS AGUIRRE

UNIVERSIDAD DE CARTAGENA
FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS
PROGRAMA DE LINGÜÍSTICA Y LITERATURA
CARTAGENA DE INDIAS

2008

Nota de Aceptación

Presidente del Jurado

Cartagena de Indias, noviembre del 2008.

Nota de agradecimiento

A finales del 2002 un manuscrito, que contenía cuentos y fragmentos de cuentos escritos por mí, fue declarado ganador en el concurso del Instituto Distrital de Cultura de Cartagena. La mayoría de esos cuentos habían sido escritos en papeles sueltos que iba pasando a una compañera en el salón de clases y luego eran corregidos en una vieja y enorme máquina de escribir Ollivetti que no tenía tildes y que mi madre había recibido como parte de una liquidación. Los relatos fueron transcritos a computador por mi compañera de clases y enviados sin mi consentimiento a el concurso distrital bajo el rimbombante título de *Ladridos de un cachorro apaleado*, más tarde me fue posible como única concesión cambiar el título a *El siguiente, por favor* y dedicarle el delgado librito a su autora. Tanto esos cuentos, como los cuentos incluidos en *Ángela viendo comer en McDonalds*, le deben mucho a la formación lingüística, literaria y teatral que obtuve durante mis años de estudiante en la Facultad de Ciencias Humanas y el grupo de teatro (TEUC) de la Universidad de Cartagena. Me gustaría poder agradecer al director teatral Eparkio Vega y a mis maestros Raymundo Gomezcásseres, Roberto Córdoba y Rómulo Bustos; con ellos y con Doña Vilma Imitola, mi señora madre, estoy en deuda enormemente por su confianza, paciencia e infinita humanidad.

Carlos Fernández

Índice

Prefacio.....6

La larga visita.....23

Historia médica X.....24

Las campanas no doblan por mí.....32

- Ni es perro ni es azul.....39

Tan triste como bella.....48

Ángela viendo comer en McDonalds.....55

Ahora que solo eres una foto rota63

Bienvenido papá.....68

Aura o nunca.....74

Lo que dura un cigarrillo.....78

La sombra del árbol, la luz del televisor, la máquina de escribir

(Prefacio)

"Tal vez nos convirtamos en sirvientes de la cibernética. Pero sentimos que siempre sobrevivirá en algún lugar de la tierra un hombre distraído que dedique mas horas al ensueño que al sueño o al trabajo y no tenga otro remedio para no perecer como ser humano que el de inventar y contar historias". Juan Carlos Onetti ¹

En abril de 1999, en una vieja revista dominical de El Espectador, leí una frase atribuida a un escritor uruguayo llamado Juan Carlos Onetti, la frase, llena de magia y sencillez, decía: "En Montevideo yo soy el mejor escritor de mi calle". Esa frase hizo que contemplara, por primera vez en mi vida, la idea de hacerme escritor. Salvo que a dos casas de la mía agonizara oculto algún Kafka caribeño o un Proust de la Generación X, tenía claro que en Cartagena yo era el mejor escritor de mi calle. Digo "hacerme escritor", porque había empezado a escribir años atrás, sin ningún rigor y sin

¹ REVISTA MARCHA N° 6, MONTEVIDEO, URUGUAY, 1939

ningún propósito diferente al hecho mismo de escribir. Escribía frases, poemas, cuentos y novelas (o lo que para mí entonces eran novelas) sencillamente porque me agradaba, porque me nacía, porque pasaba demasiado tiempo a solas y había siempre un cuaderno y un lápiz a la mano. Escribía por necesidad y necesidad, porque como decía Graham Greene "Cuando tengo un furúnculo maduro, lo extirpo". Escribía porque, como leí en alguna parte que ahora no logro precisar, "Uno escribe porque se le ocurre la respuesta correcta después que todo pasa" y yo a menudo tenía mejores respuestas para los acontecimientos del día, respuestas ingeniosas por la noche, bajo la cobija, al llegar a casa. Escribía porque como expresara William Faulkner: "Los que pueden actúan, y los que no, sufren por ello y escriben". Yo no sufría de verdad, al menos no tanto como habría deseado, pero ahí estaban mis cuadernos en un cajón para aseverar lo contrario.

Reflexionar sobre el propio trabajo literario implica, cuando no una dificultad manifiesta, una incomodidad latente y en el caso de un escritor con una obra en proceso, en construcción, representa una limitación aún mayor; no en vano William Faulkner afirmó alguna vez: "No soy un literato; solo soy un escritor. No me da gusto hablar de los problemas del oficio"². Esa dificultad, incomodidad y limitación quizás sea la respuesta a las preguntas: ¿Qué porcentaje de conciencia y de inconciencia tiene un escritor en cuanto al desarrollo de su trabajo? ¿Cuánta correspondencia hay entre la imagen mental de un escritor, su propósito y el resultado final? Un escritor es un artista no un artesano, un escritor es más que un chico de lentes interesado en entretener el tiempo

con juegucitos de palabras. Exagera Faulkner cuando declara en la entrevista a Paris Review que "si el escritor está interesado en la técnica, más le vale dedicarse a la cirugía o a colocar ladrillos", pero también lo hace Vargas Llosa cuando en sus Cartas a un joven novelista afirma que "la literatura es puro artificio"³. Es cierto que la literatura es un oficio cuya herramienta fundamental son las palabras, pero es apenas obvio que cuando un buen libro mueve a un lector es porque se trata de algo más que eso.

Muchos de los escritores que he conocido y/o leído, disfrutaban recreando ese momento primigenio y significativo que los puso por azar a los pies de la literatura; cada uno tiene una anécdota elaborada, un personaje mesiánico, un accidente doméstico que los guió por esa senda reveladora. Cada uno a base de exageraciones, variaciones y acomodaciones termina por reconstruir, con pretensiones más estéticas que prácticas, su propio pasado. *Orígenes de un escritor de no ficción* de Gay Tálese, *El látigo que Dios me dio* de Truman Capote y *Fuegos* de Raymond Carver, son sólo algunos ejemplos célebres de ese género. Pero como dijera, al finalizar una entrevista, el dramaturgo alemán Heiner Müller: "El problema es siempre el mismo, cuando un escritor habla, miente. Es automático".

Y sin embargo, el carácter de un escritor es revelado y limitado tanto por sus mentiras como por sus verdades, y muchas de esas anécdotas tienden a determinar o a reflejar algunas tendencias dentro de su propio trabajo literario. La vocación de un escritor, su

² ECHEVARRIA, IGNACIO. THE PARIS REVIEW ENTREVISTAS, BARCELONA, EL ALEPH, 2007

³ VARGAS LLOSA, MARIO. CARTAS A UN JOVEN NOVELISTA, BOGOTÁ, PLANETA, 1997.

visión de mundo y su estilo se alimentan en buena parte de factores y situaciones que poco o nada tienen que ver con la literatura.

Pero la literatura no está hecha solo a base de anécdotas ingeniosas y momentos recurrentes, no solo los literatos sino muchos escritores han esgrimido sendas teorías en ensayos, entrevistas y decálogos sobre la técnica y el arte de componer poemas, cuentos y novelas. En el caso particular del cuento, maestros como Chejov, Poe, Quiroga, Hemingway, Borges, Cortázar, García Márquez, Flannery O'Connor, Carver, Monterroso, Piglia, entre otros; han expuesto ampliamente su visión particular sobre el asunto. Lo que demuestra que el oficio de escribir es justo eso: un oficio, y que la escritura requiere de un aprendizaje que puede durar años, en aras de perfeccionar los rudimentos más básicos de la técnica; los diálogos, la puntuación, la descripción, el manejo del lenguaje, la estructura, la creación de los personajes, el ambiente, el tiempo, etc. En ese sentido la obra de un escritor es producto de una mezcla oportuna entre su experiencia vital y su formación intelectual, por supuesto, también hace falta tener talento.

Pienso ahora en Jean Paul Sartre cuando decía que "La libertad consiste en hacer lo que uno pueda con lo que los demás hacen con uno". En ese sentido, la libertad creativa de un escritor es también parcial y limitada; así, un escritor escoge lo que mejor le parece dentro de las cosas que antes lo escogieron a él, lo que supone que las circunstancias y el ambiente en los que se desarrolla un escritor son una influencia determinante (de forma negativa o afirmativa) en su obra; como escribiera Charles

Bukowski en un poema autobiográfico llamado *El incendio de un sueño*, "los juicios de un escritor provienen más del modo en que se ha visto obligado a vivir que de su razón".⁴

Yo suelo llamar influencia a todas esas cosas que de una u otra manera me llevaron a escribir y seguir escribiendo: un abrazo, una cachetada, una buena película, una mala mujer, y desde luego cientos de libros. Pero los libros como las revistas llegaron a mi vida tiempo después, antes de ellos ya un universo de influencias me habitaba. Quiero decir con esto que las influencias tocan a un escritor, lo nutren, mucho antes de que decida empuñar un lápiz o sentarse frente a un ordenador, y que el escritor puede volver a ellas de manera conciente en busca de respuestas para un mejor desarrollo de su oficio. En una entrevista Gabriel García Márquez admitía:

Tuve que vivir veinte años, y escribir cuatro libros de aprendizaje para descubrir que la solución estaba en los orígenes mismos del problema: había que contar el cuento, simplemente, como lo contaban los abuelos. Es decir, en un tono impertérrito, con una seriedad a toda prueba que no se alteraba aunque se les estuviera cayendo el mundo encima, y sin poner en duda en ningún momento lo que estaban contando, así fuera lo más frívolo o lo más truculento, como si hubieran sabido aquellos viejos que en literatura no hay nada más convincente que la propia convicción.⁵

En 1996, un grupo de jóvenes latinoamericanos, encabezados por el chileno Alberto Fuguet, publicó una antología de cuentos titulada *McOndo*, en el prólogo del libro el propio Fuguet nos dice:

⁴ BUKOWSKI, CHARLES. PELEANDO A LA CONTRA, BARCELONA, ANAGRAMA. 1997.

⁵ DOMINGO, JOSÉ. ENTREVISTAS: "GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ". En COBO BORDA, J. G. (t.1), Op. Cit. 1985

Sobre el título de este volumen de cuentos no vailen dobles interpretaciones. Puede ser considerado una ironía irreverente al arcángel San Gabriel, como también un merecido tributo. (...) No desconocemos lo exótico y variopinto de la cultura y costumbres de nuestros países, pero no es posible aceptar los esencialismos reduccionistas, y creer que aquí todo el mundo anda con sombrero y vive en árboles. (...) Nuestro país McOndo es más grande, sobrepoblado y lleno de contaminación, con autopistas, metro, tv-cable y barriadas. En McOndo hay McDonald's, computadores Mac y condominios, amén de hoteles cinco estrellas construidas con dinero lavado y malls gigantescos.⁶

Dicha antología fue, por supuesto, solo uno de los muchos intentos hechos por escritores latinoamericanos por librarse de la sombra ejercida por Gabriel García Márquez y del estereotipo de una Latinoamérica mágica y rural que se creó después de la publicación y la consagración mundial de *Cien años de soledad*, desde entonces García Márquez ha sido referente obligado en las posteriores generaciones de escritores latinoamericanos, al extremo de que por un lado ha cultivado una prole de imitadores y por el otro un grupo de detractores quienes concientemente escriben en contra del influjo del denominado Realismo mágico. Aun en nuestros días hay quienes hacen de esta pretendida enemistad una estrategia publicitaria, lanzando arengas trasnochadas sobre la muerte de Macondo.

El título de este libro *Ángela viendo comer en McDonalds*, es obviamente, consecuencia de un juego de palabras con el conocido título de García Márquez, *Monólogo de Isabel viendo llover en Macondo*, y aunque en su visión y conformación coincida con algunos de los planteamientos expuestos por Fuguet en su prólogo, cabe reconocer que el planteamiento McOndo incurría en un error similar al intentar alejarse

⁶ FUGUET, ALBERTO, McONDO, MADRID, MONDADORI, 1996

del realismo mágico, creando un estereotipo de una Latinoamérica urbana, llena de rascacielos, centros comerciales y luces de neón, con una visión de mundo impregnada de la cultura popular norteamericana.

Por mi parte, en febrero de 2002 escribí, como epílogo a mi libro de relatos *El siguiente, por favor*, en el que señalaba parte de la diversidad de mis influencias, en una suerte de guiño al autor de *Cien años de soledad*, que mi mayor influencia literaria: "en ausencia de un abuela mística y un abuelo centenario que me contara historias de la guerra civil, era una doña chismosa de mi barrio que nos reunía a seis vecinas y a mí bajo la sombra de un árbol para contarnos sus chismes"⁷. En ese mismo sentido en el famoso prefacio de *Música para camaleones* Truman Capote escribía: "Descripciones de algún vecino. Habladurías de barrio. Una suerte de informaciones que más tarde ejercerían verdadera influencia en mí, aunque entonces no fuera conciente de ello"⁸. La frase atribuida a Onetti que referencio en el primer párrafo de este texto, resultó mágica y reveladora porque durante muchos años para mí, mi calle y mi barrio fueron el universo, no solo la sombra del árbol sino las esquinas, no solo las vecinas chismosas sino mis amigos. A los escritores del Caribe, de manera generalizada se les suele atribuir cierta fluidez y ritmo en la escritura, fluidez ligada justamente con una tradición oral, que va más allá de los relatos y leyendas contados de una generación a otra, y que hace parte de una oralidad activa, inquieta, de una generosidad y a veces un abuso de la palabra que desemboca en habladurías de esquinas y en malsanos o

⁷ FERNÁNDEZ, CARLOS, *EL SIGUIENTE, POR FAVOR*, PLUMA DE MOMPOX, CARTAGENA, 2003

⁸ CAPOTE, TRUMAN. *MÚSICA PARA CAMALEONES*, BARCELONA, ANAGRAMA 1988

inocuos chismes de patio. Como los escritores de McOndo durante mucho tiempo intenté deshacerme a la fuerza de esta influencia que en ocasiones me resultaba provinciana y perturbadora, sin embargo he descubierto con el tiempo que un escritor necesita construir y creer en un mundo sólido sobre el cual escribir, y que ese mundo en mi caso se elabora tomando elementos de múltiples fuentes e influencias: Lo popular, el folclore, la alta cultura, la cultura de los medios masivos como revistas, el cine, el Internet y la televisión, entre muchos otros.

En el mismo epílogo de *El siguiente, por favor* agregaba que : "Mis primeras influencias no son nada literarias, que a los doce años nunca leí a Dante ni a Shakespeare, sino que veía en televisión a MacGyver, a Los Magníficos, y al Coyote fracasar en su intento por atrapar al Correcaminos". Y es que durante esos mismos años la única ventana abierta al mundo exterior, el único escape eventual de ese paisaje anquilosado de mi barrio era la luz que emanaba de un viejo televisor Toshiba sin control remoto, y las grandes ciudades allí dentro, con rascacielos, autos veloces y avisos de neón, eran mi paraíso artificial y secreto.

Varias generaciones de escritores han reconocido la importante influencia que dentro de sus obras ha ejercido el cine y su hija bastarda la televisión; estructuras narrativas, el advenimiento de un lenguaje neutro y global, escenarios novedosos, personajes deslumbrantes, la creación de nuevos mitos y estereotipos, la imposición de costumbres, de formas de sentir y amar, de modas y de marcas, el uso de imágenes que se vuelven convencionales y entendibles a primera vista. La relación entre

televisión y literatura es recíproca y constante. Y para un escritor contemporáneo es definitiva y complementaria en su formación; no solo por las cosas que deviene, sino por las costumbres y comportamientos que su uso presupone y genera en la vida cotidiana. En algunos apartes de *El siguiente, por favor*, como en el presente libro es posible hallar evidencia de estas dos primeras influencias:

Varias personas estaban en la calle y en las terrazas de sus casas para ver el espectáculo. Querían bailar, todos querían bailar y yo era la canción de moda. Estaba bien, de alguna forma lo tenía merecido. Lo que realmente me dolía, lo que me incomodaba, era pensar que aquellos muchachos que me traían agarrado eran mis únicos amigos. **(Hormigas en la cena, Pág. 18, El siguiente, por favor)**

Allí estaba la abuela, dormida en una mecedora, con la televisión prendida. Era una buena película, en la que un tipo alto sujetaba por la cintura a una mujer y ella hacia como que no, pero luego que sí y sin querer terminaban en la cama. Y yo miraba la TV., mientras pensaba que algún día llegaría mi turno. **(El siguiente, por favor, pag 14, El siguiente, por favor)**

Esta vez la imaginé esperándome sentada en el borde del jardín a la entrada del edificio, con la correa enrollada en una mano y sosteniendo en lo alto el artefacto en la otra, apenas bajara del bus se abalanzaría hacia mí pegándome y me gritaría "perra" o "puta" mientras los vecinos y la gente que pasara en los carros me miraran. **(Ni es perro ni es azul, Pág. 46, Ángela viendo comer en Mcdonalds)**

Tenía una especie de toque festivo que alegraba al barrio, similar a cuando había un accidente de carros o se incendiaba una casa: al principio las calles estaban vacías y luego uno se preguntaba "¿De dónde diablos ha salido tanta gente?" (...) Un centenar de ojos expectantes apuntan hacia mí, el final de la telenovela quizá está a una tanda de comerciales de resolverse, y más de un almuerzo se habrá quemado en el fogón. **(Las campanas no doblen por mí, Pág. 33, Ángela viendo comer en Mcdonalds)**

Más tarde vendría mi aproximación a los libros. La tarea de la buena escritura, solía decir David Foster Wallace, es la de darles caíma a los perturbados y perturbar a los

que están calmados. En ese sentido mi acercamiento a la literatura fue instintivo, visceral y definitivo, como abrasarse a un pedazo de tabla flotante en medio del océano o precipitarse a un lago en mitad de un desierto. Cuando siento que el oficio de escribir se torna ridículo y pretencioso, pienso en mis primeros años de lector ansioso, y en algunos fragmentos leídos: "Gracias a mi buena suerte, y al camino que tenía que recorrer, aquella biblioteca estaba allí cuando yo era joven y buscaba algo a lo que aferrarme y no parecía que hubiera mucho", escribió Bukowski en el poema El incendio de un sueño. Y Thomas Wolfe, en su novela No hay puertas recordaba:

Me rodeaba por los estantes de la gran biblioteca, sacando libros de mil estanterías y leyéndolos como un loco: cuanto más leía, menos parecía saber, cuanto mayor era el número de libros que leía, mayor parecía ser el número incalculable de los que nunca podría llegar a leer. Pues esta furia que me llevaba a leer tantos libros no tenía nada que ver con la erudición, no tenía nada que ver con las distinciones académicas, no tenía nada que ver con la educación metódica. Sencillamente quería saber algo de todo lo que hay en la tierra.⁹

Ahora mientras repaso e intento pensar en influencias literarias pienso más en libros que en escritores, y cómo fueron llegando uno tras otro como piedras para saltar un charco: El Gran Gatsby, Luz de agosto, El guardián entre el centeno, Trópico de cáncer, La senda del perdedor, Desayuno en Tiffanys, La conjura de los necios, El largo adiós, El juguete rabioso, Sólo para fumadores; los cuentos de Bukowski, Cheever, Carver, Rulfo, Cortazar, Andrés Caicedo, Onetti, Rubén Fomseca y muchos otros. Cuando hablo de influencias de escritores o de libros me gusta aclarar que con esto no quiero decir que haya logrado asumir de todos ellos su carácter, temáticas o estilo; tampoco estoy seguro de lo contrario; solo que me resulta difícil precisarlo. Son influencias en alguna medida aquellos libros que al leerlos experimenté el deseo

⁹ WOLFE, THOMAS. NO HAY PUERTAS, BUENOS AIRES, EDITORIAL SUR, 1960

genuino y profundo de haberlos escrito. En un sentido similar pero inverso fundé mis primeros intentos de escritura: escribir aquello que me gustaría leer. Sin embargo de todas esas influencias, en algunas puedo distinguir rasgos específicos dentro de mi propio trabajo. Como es notorio a partir del listado antes esbozado me siento atraído fundamentalmente por la literatura norteamericana del siglo XX y también por algunas obras de escritores latinoamericanos. El escritor norteamericano Charles Bukowski fue para mí, como para muchos lectores en el mundo, una auténtica revelación: una prosa ágil y libre de ornamentaciones inútiles aunque con vestigios poéticos; un lenguaje básico y un ritmo desbordante; un humor descarnado; la recreación de una serie de espacios urbanos, marginales, lumpescos; un tono desenfadado, autobiográfico, capaz de generar complicidad e intimidad con el lector. Bukowski es una buena influencia para quien empieza a escribir, genera confianza, pero la confianza a su vez genera peligro, como sentenciaría Óscar Wilde "No hay nada peor para quien empieza que una buena influencia". La influencia de Bukowski puede tener en un escritor neófito o en un lector mal alimentado, el mismo efecto que las novelas de caballería en Alonso Quijano. Bukowski, al igual que García Márquez no engendra discípulos sino imitadores, si no te alejas de él puedes convertirte en un personaje suyo. Otro aspecto que cabe resaltar de Bukowski, es que fue quizás junto a su compatriota Henry Miller, quien mejor entendió y supo aprovechar el interés de los lectores por el dolor ajeno y por la exhibición descarada de las desgracias personales, pero exenta de autocompasión. El dolor es un aspecto que también deliberadamente me interesa abordar en este libro de cuentos, pero más ligado a la premisa del también norteamericano Kurt Vonnegut cuando aconseja: "Sé sádico. No importa cuán dulces e

inocentes sean tus protagonistas, haz que les pasen cosas horribles (para que el lector compruebe de qué madera están hechos)".

Sin embargo el dolor, como tantas otras cosas, ha sido categorizado; en el ensayo autobiográfico *Fuegos*¹⁰ Rymond Carver, el emblemático escritor norteamericano describe una escena en la que estando en una lavandería a la espera de que se desocupe una secadora tiene un altercado con una vieja insolente. Son los años en los que Carver desempleado lucha por hacerse escritor, su mujer trabaja como mesera en una cafetería y él en pocas horas debe recoger a sus dos hijos. El altercado en la lavandería sucede porque Carver necesita salir de allí y la mujer que usa la secadora ha decidido insertar otra moneda para continuar usándola, la impotencia de Carver es tal que lo pone casi al borde de las lágrimas. En ese instante Carver hace un balance de su vida y dice que frente a la vida de los escritores que admira, la suya no desprende mayor luz, es moneda de menor cuantía. Es cierto que otros escritores han tenido impedimentos mayores para el desarrollo de sus trabajos, se dice Carver ofuscado, como la cárcel, el exilio o la ceguera, pero los escritores, no son tipos que pasen sus tardes resolviendo pequeños altercados en una lavandería. Ese incidente doméstico, en apariencia insignificante se acerca más al tipo de dolor que me interesa expresar en estos relatos. Y al tipo de historias y personajes convencionales usados en sus relatos por el propio Carver, considerado padre del realismo sucio y del minimalismo norteamericano. Hablo de un dolor en apariencia poco presumible, digno de personajes anodinos, En *El siguiente*, por favor escribí una sentencia al respecto:

¹⁰ CARVER, RAYMOND. LA VIDA DE MI PADRE, BOGOTÁ, EDITORIAL NORMA, 1997

"Todos los dolores son iguales si te impiden llegar a lo que quieres y no te matan, no me refiero a la forma sino al contenido. Es tan duro perder una noche de sábado metido en una celda o en un hospital, como perderla lavando cuarenta y dos mudas de ropa vieja o trapeando. La diferencia es que el primero puede contarlo y presumir, en cambio el segundo no y aun cuando fuera hábil y lo hiciera nunca contaría con un público numeroso." (El perro enyesado, Pág. 62, El siguiente, por favor)

En Ángela viendo comer en McDonalds, además de contar situaciones de personajes anodinos, me interesa mostrar cómo situaciones nimias desatan la posibilidad de un drama humano contundente, tal vez un drama que no impresione a los demás pero que puede ser un remolino en el corazón del afectado. Por ejemplo, en el cuento *Las campanas no doblan por mí*, un chico decide gastarse el dinero de un pasaje en una máquina tragamonedas y termina en una patrulla de policía con la nariz rota. En *Ni es perro ni es azul*, una adolescente se atreve a usar un consolador que le obsequió una amiga y acaba por perder por segunda vez el noveno grado. En *Historia médica X*, un médico es asaltado en la entrada de un hospital y termina deseando por primera vez el cuerpo de una enfermera en la entrada de un ascensor. El aleteo de una mariposa en el Pacífico puede desatar un huracán en el Atlántico. Un derrumbe comienza con el movimiento de un pequeño grano de arena. Un bello fragmento incluido en los *Diarios* del gran maestro del cuento John Cheever sirve para ilustrar de manera resumida, lo que podría ser una teoría que coincide en gran medida con el propósito narrativo de estos cuentos. El fragmento de Cheever es el siguiente:

Cuando la autodestrucción entra en el corazón, al principio parece apenas un grano de arena. Es como una jaqueca, una indigestión leve, un dedo infectado; pero pierdes el de las 8.20 y llegas tarde para solicitar un aumento de crédito. El viejo amigo con quien vas a comer de repente agota tu paciencia y para mostrarte amable te tomas tres copas, pero el día ya ha perdido forma, sentido y significado. Para recuperar cierta intencionalidad y belleza bebes en las reuniones, te

*propasas con la mujer de otro y acabas por cometer una tontería obscena y a la mañana siguiente desearías estar muerto. Pero cuando tratas de repasar el camino que te ha conducido a este abismo, sólo encuentras el grano de arena.*¹¹

Aun cuando existe una visión de conjunto, cada una de las historias de este libro deviene sus propias exigencias, complejidades y forma; cada una genera en sí los espacios para incorporar los elementos que mejor le convienen. Faulkner solía decir que las historias de sus novelas le llegaban primero en forma de una imagen y que su trabajo consistía en averiguar qué cosas habían sucedido para llegar a esa imagen o qué cosas había hecho suceder a continuación. Hemingway recomendaba escribir sólo de aquello que se conocía, y Capote, no sentarse frente a la máquina sin saber adonde se quería llegar. El origen de los cuentos de este libro es múltiple y sus temáticas también, pero las tres consignas anteriores son siempre un buen punto de partida. No escribo autobiografía, pero tomo elementos de mi propia experiencia, la mayor influencia de un escritor debe ser él mismo. Sin embargo escribo bajo una esencial necesidad de corrección, no escribo sobre los hechos en sí, si no sobre las posibilidades de algunos hechos. Como escribiera Kundera: "La novela no examina la realidad, sino la existencia. Y la existencia no es lo que ya ha ocurrido, la existencia es el campo de las posibilidades humanas".¹² El punto de partida de estos relatos es una imagen en forma de frase, una frase que encierre la promesa de un mundo, de que algo va a pasar, y debe tener el efecto que pueda retener al lector, de tal manera que si se aleja le duela. En cuanto al final es necesario saber el punto, la frase exacta en la cual tendré que detenerme, aun cuando los caminos para llegar allí no estén trazados

¹¹ CHEEVER, JOHN. DIARIOS, BARCELONA, EMECE EDITORES, 2004

¹² KUNDERA, MILAN. EL ARTE DE LA NOVELA, BARCELONA, TUSQUEST EDITORES, 1987

de antemano. La frase final debe dejar en el lector un vacío, debe ser el inicio de una nueva historia que nunca iremos a contar. En el interior de este libro se encuentran historias de amor y desamor, reflejos de encuentros y desencuentros; historias en la que la fuerza de las circunstancias opera cambios que revelan aspectos de los personajes que ellos mismos desconocían; historias donde alguien muere o algo muere dentro de alguien: la confianza en los demás, la fe en Dios o en sí mismo, la inocencia, la seguridad. Las historias están ambientadas en espacios reconocibles o nombrados de manera explícita, se apropian de diferentes elementos de la cultura y tratan de mantener un ritmo raudo y un lenguaje preciso, pero sin perder de vista que la función de un narrador es contar buenas historias de una buena manera, y sin olvidar que pese a los ornamentos, más allá del contexto de época, social o geográfico, lo único verdaderamente esencial en literatura es poder revelar algún aspecto del corazón humano.

El autor

Ninguna suerte de esperanza. La esperanza es una debilidad esencialmente incompatible con esa fuerza que es el amor.

Maurice Heine

Oasis

— ¿Es ella o es mi imaginación?
— Es tu imaginación— gritó ella.

LA LARGA VISITA

Era tarde, muy tarde, su madre hacía ruidos guturales en la sala, apagaba los focos, se asomaba de vez en cuando a través de la ventana. Su padre desde el sofá me miraba y luego con insistencia roñosa miraba su reloj de pulso.

—Tengo sueño—me dijo, recostándose sobre uno de mis hombros.

—¿Quieres que me vaya?— le pregunté apenado.

—No, no—dijo ella—quiero que el sueño se vaya.

Entonces la besé largamente, y sus ojos verdes se ensancharon como un fuego. Ella me besó apretando los párpados y sentí deseos de incendiarme allí, para siempre. Pero me puse de pie, salté la verja y corrí (sin despedirme de ella ni de sus padres), antes de que el sueño regresara.

HISTORIA MÉDICA X

Para el doctor Pala

BRUN franqueó la puerta con violencia, haciéndola girar de un lado a otro como alás de paloma, causando un estruendo que puso en guardia a las personas que hacía un cuarto de hora lo esperaban sentadas, en torno a una mesa rectangular, al interior de una sala cuadrada de paredes blancas.

Tenía moretones en la cara y manchas de tierra y sangre en la camisa beige mal abotonada. Las palmas de las manos, extendidas hacía adelante, revelaban las magulladuras de quien había tenido que arrastrarse por el piso minutos antes.

— ¿Qué le pasó?— le interrogó Sisí.

—Nada. — respondió con voz empantanada, mientras avanzaba hacía el centro de la sala, intentando restarle importancia al asunto.

— ¿Cómo que nada?—objetó la chica.

—Nada. —volvió a decir, un poco más fluido, girando el cuerpo hacia ella, y se tambaleó como un boxeador a punto de ser noqueado.

— ¡Un médico, un médico!— Gritó Cástor desde una de las sillas, agitando de forma amanerada ambas manos.

Brun se incorporó, se apoyó en el borde de la larga mesa y clavó una mirada flamígera sobre el rostro huesudo del doctor Cástor, luego miró a la enfermera Sisí, su amiga y asistente durante los dos últimos años, respiró profundo y acompañado de una expresión paterna, le dijo:

—Usted no se preocupe, tuve un pequeño inconveniente en la entrada del hospital, dos tipos me asaltaron, opuse algo de resistencia y estas son las consecuencias. Pero como ve, no es nada grave, sólo perdí mi maletín, el celular, el reloj y algo de dinero que traía en la billetera; eso es todo. Ahora— dijo con firmeza dirigiéndose al resto del auditorio—, si no es mucha molestia ¿podemos empezar?— y una vez concluido esto, volvió a tambalearse.

—Siéntese, Doctor—ordenó la enfermera, avanzando hacia él, tomándolo por uno de los brazos.

—No es justo— exclamó el doctor Silver, mientras Sisi con un pañuelo facial intentaba limpiar el rostro magullado del médico— Esta parte de la ciudad está invivible, hace una semana le robaron el carro del parqueadero a la doctora Zura.

— Yo mismo estuve en medio de una pelea entre pandilleros hace un par de días—agregó Áldor, quien era residente.

— Y eso sin contar a la enfermera que estuvieron a punto de violar hace menos de un mes— enfatizó Silver.

— ¡Tenemos que hacer algo!—Exclamó de repente el doctor Cástor, golpeando la mesa, levantando ambos brazos y poniéndose de pie— ¡Tenemos que hacer algo, colegas!

— ¡Ya basta!— irrumpió Brun, volviendo a levantarse, desprendiéndose de Sisi— Sé, tanto como lo saben ustedes, que la situación de seguridad alrededor del hospital es grave, pero este no es el momento ni el lugar para discutir el tema, ¿de acuerdo?

Brun hizo una pausa, tomó un sorbo de aire, se apoyó una vez más sobre la mesa y agregó:

—De cualquier forma, excúsenme por haber llegado tarde.

* * *

Hubo un breve espacio de silencio. Segundos más tarde, se volvieron a escuchar susurros y unas vocecillas un tanto aisladas, y luego finalmente cesaron. Brun se sentó, Sisi tomó de la mesa una carpeta plateada de metal y se la pasó al doctor Áldor. Áldor después de recibirla, la abrió y sacó unos papeles que contenían la historia médica del paciente Ariel Razini. Con voz desanimada, de rutina, leyó:

"Paciente de ocho años... conocido por el servicio de hematología con diagnóstico de Leucemia Mieloide Crónica hace seis meses. Ingresó al servicio de urgencias el día 23 julio presentando un cuadro de descompensación hemodinámica al parecer por sangrado interno de localización desconocida..."

El informe sobre este paciente hizo lucir a Brun visiblemente afectado. Mientras Áldor continuaba leyendo, se puso de pie y recorrió indeciso varios espacios de la sala. Tuvo que contenerse para no gritar, para no quebrar allí en un desconsolado llanto, pero pensó en Dios y tuvo de súbito una sólida confianza en la respuesta que éste daría a sus súplicas.

Después de veinte años de ejercicio médico, por primera vez José Manuel Brun, el "Doctor Brun", había hecho explícito un lazo estrecho con un paciente; era un médico excepcional, no cabía la menor duda, pero siempre había sabido distanciar el trabajo de su vida personal. Pese a ser sensible y piadoso jamás, por conmovedora que hubiera sido una situación, había mostrado un hilo de vulnerabilidad. Se asomó a través de la ventana y observó a lo lejos, dentro de los predios del hospital, a un grupo de niños mestizos, descalzos y con el dorso desnudo, corriendo detrás de una pelota de trapo. Viéndolos, dejó rodar sus pensamientos entre la deformidad de aquel improvisado balón. En medio de una agonía interior escuchó su nombre, ajeno y fuerte como la voz de una madre sobreprotectora sacándolo de un mal sueño. Pero aquello no era un mal sueño; era un mal sueño realizado. Lo supo cuando reconoció que esa voz artificiosa, cada vez más cercana, provenía del altavoz:

—Doctor Brun, se solicita con urgencia en el quirófano número cuatro, doctor Brun.

Sin incorporarse de un todo vio entrar a una enfermera por la misma puerta y con el mismo ímpetu con el que él lo había hecho minutos atrás:

—Doctor, Doctor, tenemos un paciente con herida de arma blanca a la altura del pulmón derecho.

Brun la miró, pero por el talante ausente de sus ojos daba la impresión de que miraba a través de ella:

—Complete el cuadro, enfermera— dijo guiado por el instinto, mientras salía de la sala.

—Entre 30 y 35 años, 1.70 de estatura, 65 kilogramos de peso, y ha perdido mucha, muchísima sangre...— respondió la enfermera, caminando a su lado, tratando de seguirle el paso.

Afuera una mujer enjuta, de piel mancillada, salió a su encuentro. Era la madre del paciente Razini, quiso acercarse a él, pero comprendió de inmediato la urgencia que implicaba su velocidad y se contuvo, sin llegar a emitir sonido articuló el nombre de Brun entre los labios. Él le hizo un gesto de "espere" con las manos y le guiñó un ojo para tranquilizarla. Pero en vez de eso la mujer percibió las manchas de tierra y sangre en la camisa beige, y se sintió aún más desconcertada.

Brun y la enfermera subieron los dos pisos por la escalera y atravesaron un largo pasillo hasta llegar al quirófano. Sisí los seguía de cerca, pero no le fue posible entrar. En un pequeño cuarto el Doctor se lavó las manos y los brazos hasta arriba de los codos, la enfermera jefe lo vistió con ropas esterilizadas y le ajustó los guantes. Estando dentro, se acercó al paciente que pese a la cantidad de sangre que había perdido permanecía aún consciente. El hombre jadeaba y cuando percibió la presencia de Brun su quejido se aceleró dramáticamente.

—No me mate, Doctor. — Le suplicó con un hilo de voz.

Entonces Brun lo reconoció, pensó, en cuestión de segundos, en lo irónica que podía llegar a ser la vida. "La vida es un carrusel", solía decirse para animarse, afeitándose frente a un espejito roto, cuando apenas era un muchacho y se desvelaba tragando libros y no tenía novia y andaba sin un centavo en los bolsillos. "Nada permanece intacto...ahora estás aquí y un segundo después estarás allá", eso siempre lo tuvo claro.

Un aullido demente, seguido de unas palabras, lo sacaron de su encierro mental:

—No me mate, Doctor— gritaba el hombre—no me mate, no me mate— repetía una y otra vez, al tiempo que lloraba e infructuosamente, en un ataque irreversible de pánico, intentaba levantarse de la mesa—No me mate, no me mate...— continuaba diciendo sin parar.

Al principio los otros médicos no entendían lo que pasaba, pero pronto, debido a los últimos sucesos ocurridos en el hospital, ataron cabos y tuvieron clara la situación. Brun los miró con ojos escrutadores y éstos unidos bajo un silencio de complicidad, con una idéntica expresión en la mirada, le dieron su aprobación.

—Haga usted lo que crea conveniente, Doctor— se animó a decir, por fin, el anesthesiólogo en voz alta, con la dura y sombría intención de que el paciente lo escuchara.

—No me maten— gritó el paciente, y jadeando con todas sus fuerzas, se revolcó en medio de la mesa de cirugía abriendo los ojos hasta casi reventarlos. Lo inmovilizaron entre todos, le tomaron el brazo derecho, le canalizaron la vena y antes de que perdiera el sentido por el efecto de la anestesia, volvió a decir con voz entrecortada:

—No me maten.

* * *

La Cafetería del Hospital Universitario tenía un aspecto roñoso; paredes amarillentas, baldosas pegajosas, restos de basura, pocillos de café y platos astillados o rotos. En la parte de atrás, en un baldío, se veían podrirse los caparazones oxidados de varias ambulancias abandonadas por la intransigencia de las malas administraciones. Más atrás, con el fondo de unos edificios amarillos, algunos niños, que habían entrado a través de las mallas derribadas por los delincuentes, jugaban fútbol con una pelota de trapo sobre el terreno descampado; otros, apilados sobre una loma de escombros y basura, cortaban con el hilo de sus cometas un cielo ligeramente nublado, plagado de gallinazos que habían sido atraídos por el olor de un perro muerto.

Para llegar a la cafetería había que salir del edificio principal, cruzar el parqueadero e instalarse en otro edificio de apenas dos pisos a pocos metros allí. Mientras caminaba nervioso por el mismo sitio donde horas antes había sido atacado, Brun se detuvo, se agachó y recogió algunas monedas que encontró regadas en el piso. Luego siguió caminando a paso lento, seguido por Sisi.

Brun no acostumbraba a almorzar la comida que preparaban allí, la sola idea le producía repulsión y náuseas. Solía traer un portacomidas con alimentos preparados por su mujer en casa, y sólo en ese momento, mientras miraba un ratón que se

escabullía a través de una pared agujereada y carcomida, cayó en cuenta de que el portacomidas lo había perdido entre las cosas que le habían sido robadas. Pidió una empanada de pollo para Sisí y dos jugos naturales. La enfermera, que había conocido los hechos por boca de otra que había estado en el quirófano, se moría de ganas de preguntarle por qué no lo había hecho, por qué le había salvado la vida al que, al menos técnicamente, era su enemigo; por qué no lo había matado. Pero no se atrevía a pronunciar la palabra "matar", como no se atrevía a decirle muchas otras cosas. Además sabía de antemano la respuesta, sabía la clase de hombre que era Brun, "un hombre poco común para estos tiempos" le había dicho entre en serio y en broma el director del hospital cuando los presentó dos años antes. Y era cierto, su respeto por la vida y el inocuo juramento hipocrático eran inusuales, hacía gala de un autocontrol envidiable, una rectitud de hombre antiguo regía cada uno de sus actos. Qué otra cosa podría esperar de él, que nunca había pronunciado una grosería, ni incumplía su palabra, ni llegaba tarde a una cita, ni confesaba abiertamente un dolor, ni engañaba a su mujer. Ese era el hombre para ella y de no ser casado el hombre que habría querido su madre para ella. Pero él estaba allí sin decirle nada, resguardado tras la plomiza pared de sus pensamientos, con una leve sensación de náuseas producida por un jugo de mora disuelto en una leche posiblemente cortada.

En ese justo momento irrumpió Cástor, llamándolo a un lado.

—Brun, hágame el favor— dijo. El tono de su voz era grave y por primera vez a Brun le pareció un hombre serio, pese al invariable gesto fofo y amanerado que conservaba en las manos. Brun se puso de pie y caminó hacia él. Sisí no pudo, por más que lo intentó, escuchar lo que decían, pero por la cara de Brun, por la casi imperceptible lágrima que salió de sus ojos (o tal vez era una repentina gota de sudor que le atravesó la cara) y rodó por una de sus abultadas mejillas, lo supuso todo. En ese momento, más que en ningún otro, sintió deseos de abrazarlo, pero una vez más se contuvo. Brun se incorporó en el acto, retomando su habitual semblante, secándose el rostro con un pañuelo que sacó de uno de sus bolsillos, se acercó a ella, le pidió que lo acompañara y luego no dijo nada más.

"No es justo", iba gritando para sus adentros. Mientras avanzaba en su cabeza se libraba una batalla pavorosa; con qué cara le daría la noticia a los familiares del chico, de qué sombrero sacaría palabras para consolar a la madre. Un dolor intenso le mordió el alma y el cuerpo, maldijo al Dios de Israel en silencio mientras clavaba las uñas en las palmas de las manos y se mordía los labios como a un pedazo de jamón. ¿Qué clase de Dios es éste, que permite la muerte de un niño inocente después que él ha salvado la vida de un criminal?

Brun había orado durante los dos últimos meses por la vida de aquel paciente. Brun desde hacía más de veinte años asistía puntualmente tres veces por semana a la iglesia y pagaba el diez por ciento de su salario (y a veces más) para mantener la obra de un pastor corrupto. Brun había aceptado todas las adversidades de la vida con resignación y sin quejarse, se había tomado a pecho cada uno de los diez mandamientos, amaba a sus enemigos (o al menos los soportaba pacientemente) y le era fiel a su mujer, a pesar de que ésta había sido incapaz de darle un hijo. Brun siempre madrugaba y nunca le había pedido nada a Dios, nada. ¿Y Dios...?

Sisí lo siguió de cerca bajo una pequeña llovizna que comenzaba a precipitarse. Subieron algunos escalones y cruzaron entre una veintena de carros el parqueadero. Los niños que jugaban fútbol continuaban haciéndolo bajo la lluvia, mientras que los que elevaban cometas corrían presurosos buscando un techo seguro donde refugiarse. A pocos metros de la entrada la madre del muchacho los interceptó, con la cara empapada por una mezcla de lluvia, sudor y lágrimas.

— ¿Qué pasó, Doctor? ¿Qué pasó? Dígame la verdad— dijo sollozando, aferrándose a la camisa del médico.

Él la miró, balbuceó un poco con voz afectada, pero finalmente no agregó palabras y la apartó suavemente con los brazos, evitando cualquier signo de violencia. Sisí lo siguió, sumisa y en silencio, hasta el interior del hospital y tuvo un mal presentimiento cuando, después de subir hasta el segundo piso, lo vio enfilarse hacia una dirección distinta a donde se suponía debía estar el cuerpo sin vida del muchacho. Brun avanzaba decidido hacia la Unidad de Cuidados Intensivos, en busca del cubículo número seis. Afuera los médicos de turno entretenidos

escuchaban, en un pequeño radio que había sido camuflado, los minutos finales de un partido del campeonato nacional de fútbol. Había pasado antes junto a la recepción sin saludar a las enfermeras que estaban allí, quienes se sorprendieron y algunas se quedaron con un gesto suspendido del mentón o de las manos. Antes de entrar a la UCI le había ordenado a Sisí traer una jeringuilla y cinco centímetros cúbicos de Potasio. "cinco centímetros bastarán", pensó o tal vez alcanzó a decirlo. Ella obedeció sin el más mínimo remilgo, sin un solo asomo de duda en el rostro.

Brun entró lentamente al cubículo que debido al temporal se hallaba en una ligera penumbra. El hombre que cuatro horas antes, en compañía de otro, lo había amenazado con un cuchillo, lo había obligado a ponerse de rodillas y lo había abofeteado un par de veces, ahora, acostado en la camilla lucía inofensivo. Ahí estaba el hombre que en pocos minutos calmaría su represión e iba a pagar su desencanto con las injusticias del puto mundo. Por un momento se vio invadido por el deseo de apretar un cuchillo y gritar; lanzar un grito soberbio de batalla sin importar que se escuchara en todo el hospital, pero se acercó sigiloso al paciente para comprobar su estado, palpó con los dedos los signos vitales: no respiración, no presión, no pulso. El último soplo de vida en él se había esfumado. Sonrió, sintió que la vida le quitaba un peso y un velo de encima. Entonces salió acelerado, ante las caras sorprendidas de los médicos que no lo habían visto entrar. La enfermera aún avanzaba por el pasillo rumbo al ascensor, pensó en gritarle, en decirle que volviera, que ya no era necesario buscar nada, pero se detuvo ante una inmejorable visión: Por primera vez en dos años se dio cuenta de que Sisí tenía un buen culo, un enorme y provocativo culo. ¿Cómo era que no lo había notado antes? Una serie de escenas inundaron su mente, entre tantas puertas que se le cerraban sintió como una ventana se abría en medio de una brisa fuerte. ¿Por qué no?, se dijo, y fue detrás, ajeno a otras cosas, mientras ella y su culo se contoneaban de un lado para otro, zigzagueantes, a través del largo pasillo, entre paredes embaldosadas, batas blancas y un espeso olor a muerte.

LAS CAMPANAS NO DOBLAN POR MÍ

ESTOY atrapado aquí dentro muriéndome de pánico. Afuera una turba furiosa espera para apalearme. La dueña del local, una mujer con unas tetas descomunales, no permite que rompan las paredes de madera a pesar de que un tipo de bigote le ofrece dinero para pagarle. Estoy temblando, mi única salvación es que lleguen pronto los policías. La muchedumbre cada vez más exasperada amenaza con entrar a la fuerza. La mujer tetona se enfrenta a ellos sin armas, y con el teléfono celular en la mano vuelve a marcar el número de la estación.

A través de uno de los cristales rotos veo gesticular a mis posibles verdugos y alcanzo a escuchar algunos de sus gritos. "¡Saquen a ese hijueputa para matarlo!", dice un tipo gordo, agitando un machete oxidado en la mano izquierda. "¡Que lo saquen, que lo saquen!" grita un coro enardecido. "¡Que lo saquen!", vuelve a gritar una mujer flaca, de gafas, vestida con un jean ajustado y un suéter beige con letras rojas en el que puedo leer "Cristo te ama".

Esto a cada instante está peor, estoy apunto de llorar. Veo como se amontonan cada vez más personas; no solo hombres, sino también mujeres y niños con uniformes de colegio. Incluso los maricas del Aston Plaza llegaron hace unos minutos, y ahora están allí, silbando y gritando porquerías. Algunas personas ríen y hacen bromas macabras al respecto. Ahora pienso en Telma, debe estar en casa preparando el almuerzo y viendo en el inservible trasto ese (Un Toshiba sin control remoto) el capítulo final de *Todos mis besos son tuyos*, la interminable telenovela que presentan en Venevisión a las once y treinta.

He visto a muchas veces como linchan en los barrios a los rateros. De hecho Zero y yo participamos con gusto en más de una ocasión de esas palizas, mientras los sujetos solo atinaban a suplicar con un hilo de voz desgarrada "¡No me maten, no me maten!" Y todos nos ensañábamos sin pensar en sus madres, ni en el plato de comida que quedaría servido.

Era una especie de embrujo que unía a los habitantes del barrio. Cuando cogían un ratero todos aprovechábamos para pegarle, hacer chanzas y conversar. Y seguíamos conversando del asunto incluso muchas horas después de que se lo había llevado la policía y la sangre derramada en el piso se había secado por completo. A veces los amarraban en un poste de luz con los ojos vendados y cobraban una tarifa voluntaria por golpearlos, y con las ganancias nos emborrachábamos hasta el amanecer. Tenía una especie de toque festivo que alegraba al barrio, similar a cuando había un accidente de carros o se incendiaba una casa: al principio las calles estaban vacías y luego uno se preguntaba "¿De dónde diablos ha salido tanta gente?". Hace par de semanas publicaron en el periódico la noticia de dos rateros que apalearon y quemaron con ácido de batería en un barrio cerca de aquí, muchos nos alegramos de verdad; ahora al parecer me toca a mí.

Todo sucedió muy rápido, quizá no calculé bien. Eran las once y treinta y cinco, según pude ver en el reloj de pared que ahora da vueltas frente a mí, y las calles estaban más o menos vacías. Entré al sitio, solicité el celular para llamar a Zero, no acepté entrar en la cabina por causa del insostenible calor que hace por estos días en la ciudad. Salí un tanto preocupado hasta la terracita, me alejé un poco y cuando vi la posibilidad: Corrí. Corrí sin pensar en nada, corrí mientras miraba hacia atrás con el corazón suspendido por el grito impetuoso de la mujer, que corría a pocos metros de mí agitando sus grandes tetas.

"¡Cójnlo ratero! ¡Cójnlo!", gritaba. Sin darme cuenta choqué de frente con un recolector de basura; un tipo negro, fornido y alto, vestido con un bombacho color naranja y con el pelo rastafari. Caí al piso donde el negro me golpeo sin piedad en la espalda con su pata, me levantó a pulso e intentó sostenerme por el cuello, pero en un descuido suyo logré zafarme rompiendo uno de los botones de mi camisa. Seguí corriendo pero un grupo de beisbolistas que bebían cerveza en las afueras de un estanco salieron y me cerraron el paso con bates y botellas en las manos. Así que me di vuelta, esquivé nuevamente al recolector de basura, pasé por encima de

la mujer tetona, entré a este sitio para protegerme y me encerré dentro de la cabina con el celular.

Al principio el ejército de beisbolistas y el rastafari lograron entrar al local y empezaron a golpear las paredes de la cabina para que saliera, con golpes cada vez más fuertes y certeros. Incluso alcanzaron a romper uno de los vidrios y una de las esquirlas me cortó levemente en el brazo. Entonces la mujer tetona se interpuso y dijo que esperaran afuera hasta que viniera la policía y me sacara, que esperaran afuera porque si no los iba a demandar.

En ese momento uno de los beisbolistas, que empuñaba un bate de madera, le dijo, sacando varios billetes de cincuenta mil, que no se preocupara que él pagaba los daños, pero por suerte, después de un silencio largo y reflexivo, la mujer de las tetas enormes, no aceptó. "Si en quince minutos no llegan los polis- dijo el tipo, acariciándose el bigote y agriando el tono- vamos a entrar y haga usted lo que se le de la puta gana". "Pero eso en quince minutos, señor" increpó la mujer con carácter, mientras marcaba en su celular por enésima vez el número de la estación de policía.

La gente sigue agrupándose en torno a este negocio de fotocopias, Internet y llamadas telefónicas, llamado ALt 64. La dueña sigue de pie junto a la cabina, apuntándome con sus grandes tetas y mirándome ocasionalmente con una expresión de hastío. A ella le importa poco que me partan los huesos, todo lo que le preocupa es que no destrocen su sitio.

Se ha formado un nudo endemoniado en el tráfico, los conductores de los buses y otros vehículos particulares se han detenido para preguntar "¿Qué es lo que pasa?", la gente mira hacia acá desde la ventanilla de los carros y algunos me señalan como diciendo "Allá está, míralo allá... sí aquel, el flaco de la camisa azul". Imagino que entre esa gente, que se ha armado con machetes, piedras y palos, se encuentran algunos trabajadores que se han fugado de sus oficinas antes de las doce, y algunas amas de casa o sirvientas que han dejado el almuerzo puesto en el fogón y le han restado importancia al fin de la telenovela.

Antes de salir de casa Telma me lo advirtió: "Lino, vete rápido hasta el Centro Comercial, paga los recibos y regresa pronto que en cualquier momento vienen a cortar el teléfono o la luz; no se te olvide que hoy, por fin, es el capítulo final de *Todos mis besos son tuyos*".

Dijo "por fin" con un tono extrañísimo, en el que se conjugaban la nostalgia y la ironía, sacó su cartera y me entregó seis billetes que sumaban el valor exacto de los recibos y aparte, en monedas de cien y doscientos, el dinero de los pasajes. No había salido de casa cuando pensé en hacer lo mismo de siempre: caminar las once cuadras que me separaban del Centro Comercial Aston Plaza y jugarme la suerte con la plata del pasaje en las máquinas tragamonedas de Casino Letrampa. Después de todo siempre me había funcionado. Caminé hasta el Aston Plaza. Recorrí las instalaciones del Centro comercial, pasé al lado de esa sarta de maricas molestos que desde temprano se agrupaban al lado de la fuente de agua. Subí por las escaleras eléctricas hasta el segundo piso entre el silbido de los maricas, y entré a las instalaciones del Casino que a esa hora era todo un desierto, por lo cual no tuve problemas para ubicarme desde el principio en mi máquina de la buena suerte.

Cambié las monedas por fichas en la caja. Ana, la chica que atendía me miró de una manera rara, como advirtiéndome algo, mientras yo preocupado trataba de mirarle las tetas a través de la blusa. Me fui hasta la máquina, encesté una decena de monedas y las primeras ocho veces gané. Pero de un momento a otro la máquina de la buena suerte empezó a fallarme. Seguí apostando y perdiendo. Y para mis adentros me decía que era una racha pasajera, que pronto me recuperaría. Confiado en eso me atreví cambiar uno de los billetes, un billete pequeño, un billete de diez mil. Ana me volvió a mirar con la misma expresión, quizás advirtiéndome una vez más. La idea a fin de cuentas era recuperar lo perdido, lo del pasaje para regresarme y algo más para comprarme un jugo o una gaseosa. Volví a ganar un par de veces, pero mi suerte se desgajó paulatinamente y luego de golpe, y en la insistencia de recuperar lo perdido seguí perdiendo. Pero decía para mis adentros que ya me recuperaría y sin pensarlo demasiado cambié otro billete, pero en el acto volví a perder.

Entonces cambié de máquina, quizás mi suerte estaba en otro lado, pensé ingenuamente, con la esperanza de recuperar al menos lo de los recibos. Y seguí perdiendo hasta conservar sólo la cuarta parte del dinero que Telma me había dado. Salí del casino desconcertado, bajé las escaleras eléctricas y pasé nuevamente junto a la horda de maricas recostados sobre la fuente, uno de ellos me hizo un gesto de "ven" con la mano y me tiró un beso, pero seguí de largo.

En verdad no podía regresar a casa tranquilamente y contárselo a Telma porque le partiría el alma y ella a mí los huesos. Así que me puse a dar vueltas una y otra vez por las calles cercanas al Aston Plaza, pateando piedras afiladas, puteando, tratando de pensar rápidamente en algo. Lo primero y único que se me ocurrió fue llamar a Zero, pero teniendo en cuenta la cantidad de plata que le debía supuse de inmediato que sería una pérdida de tiempo, y de plata también.

Sin embargo después de pensarlo mucho y en vista de la hora y de que no se me ocurría otra cosa mejor, decidí por fin llamarlo, y por eso entré de prisa en este negocio. Pese a la urgencia que me embargaba no pude evitar fijarme en el impresionante tamaño de las tetas de la mujer que atendía. Salí hasta la terraza para espantar el calor, conservando en mi mente esa estupenda visión. Marqué un par de veces el número de Zero pero su celular estaba en buzón, y cuando la voz de la operadora daba las instrucciones la idea vino a mí de improviso, como un temblor o un tsunami, pero sin miedo.

Pensé que podría vender el celular en Barrio Oscuro y de una vez por todas me imaginé con el dinero haciendo la larga fila en una de las cajas del Aston Plaza. Fue cuestión de segundos en donde todo me pareció muy simple y seguro, me deje arrastrar como en un sueño corriendo como un loco en medio de la calle. Fue el estruendoso grito de la mujer tetona el que me hizo volver, y para cuando recibí el golpe con la pala ya estaban mis cinco sentidos presentes. Fue un golpe certero en la espalda, más fuerte que cualquier otro que haya recibido antes y se extendió por todo mi cuerpo como un ardor; sin embargo me puse de pie, y cuando el recolector de basura intentó agarrarme, hice un movimiento y logré escabullirme. El mayor susto me envolvió cuando vi a un grupo de beisbolistas salir de un pequeño estanco

y venir hacia mí como una manada de elefantes, fue entonces cuando, a falta de otra opción, regresé y decidí meterme aquí.

Mi corazón golpea contra mi pecho con la fuerza y la insistencia de una máquina capaz de romper el pavimento, los quince minutos de plazo puestos por el tipo del bate para entrar están a punto de cumplirse. Estoy sudando a chorros y sangrando por el brazo. El ardor en mi espalda sigue intacto como el temor. Un centenar de ojos expectantes apuntan hacia mí, el final de la telenovela quizá está a una tanda de comerciales de resolverse, y más de un almuerzo se habrá quemado en el fogón. La mujer tetona que atiende el sitio parece haberse rendido, ha puesto su celular sobre una mesita y en su mirada puedo ver cierta disposición para dejarlos entrar. Los gritos de afuera y los golpes de mi corazón se conjugan en una terrible melodía, estoy espantado como un conejo que presiente que será aplastado por una manada de elefantes. La campana del reloj que está frente a mí ha empezado sonar anunciando que son las doce. Afuera todo es una fiesta, el susto o el reflejo del sol que pega fuerte me ha cegado y no distingo rostros; solo palos, machetes, piedras, palas, botellas y puños que avanzan decididamente hacia mí. Estoy temblando y llorando de nuevo:

Los hombres han entrado hasta el local y golpean con sus bates y patadas las paredes de la cabina, me he sentado en el piso y he bajado la cabeza para protegerme con las manos, ahora siento que mueven la cabina e intentan desprenderla de raíz, empiezo a gritar llorando "¡No me maten, no me maten, no me maten... hijuepuuutaaass!"

El ruido de una sirena que se acerca ha roto momentáneamente la tensión, pero un disparo hecho al aire me ha puesto aun peor, "¡No me maten!" vuelvo a gritar excitado, aunque los hombres se han alejado corriendo de la cabina.

Quizás, en este preciso momento una camioneta de la electrificadora ha llegado hasta mi casa y Telma apenas discute con ellos, diciendo que en cualquier momento volverá su hijo con el recibo pago. Estoy sudando y sangrando. Me levanto, una patrulla con el número 236 aparece ante mis ojos empapados, tres policías de estatura mediana y uno muy alto se bajan con sus armas en las manos, otros dos a bordo de una motocicleta Honda 125 intentan deshacer a la

muchedumbre. Hay una cruenta discusión entre el tipo del bate y uno de los policías, el más alto. La gente aprovecha para gritar cosas en mi contra. Dos policías han entrado al local, la mujer en cuestión de segundos los pone al tanto de la situación, uno de ellos (Gómez) me mira sin ninguna expresión y el otro (Estévez), sin dejar de mirarle las tetas a la mujer, estalla en una repentina carcajada. "Qué te parece Gómez" dice Estévez ambiguamente, mientras tembloroso descorro el seguro. Abro la puerta y salgo paralizado de la cabina. Gómez pone su mano en mi espalda y me empuja con sorna hacia la pared. Echo mis dos brazos hacia atrás para que me ponga las esposas, pero no lo hace. Salgo escoltado hasta la patrulla, un montón de gritos y una cáscara de naranja vuelan junto a mí. Estévez y los otros dos policías (Palacios y Aguilar) se suben conmigo en la parte de atrás de la camioneta y cierran las puertas, adelante Gómez (supongo) enciende el motor y arranca. Entonces noto que aún tengo el teléfono celular en la mano, marco de prisa el número de mi casa para decirle a Telma que no se preocupe, que pronto estaré allí, que todo está bien; y justo en el momento en el que la voz fría de la operadora dice que el código marcado está fuera de servicio, recibo el primer golpe, fuerte y seco, en la punta de la nariz.

NI ES PERRO NI ES AZUL

EL día del examen final de matemáticas me atreví a usar el regalito que Lauren me había hecho, hacía tres meses, cuando regresó de sus vacaciones de mitad de año en Bogotá. De tal manera que fui hasta el sitio donde lo había escondido para que mi madre no lo viera. Envuelto en papel periódico, dentro de una bolsa de supermercado, amarrada con alambres, dentro de la caja donde se guardan las bolitas y los adornos de navidad, en la parte alta del closet, en el cuarto del fondo, ahí estaba.

Lo saqué, fui hasta al baño, me desnudé, pensé en el mentón de Aston Kutcher, en los ojos verdiazules de Tom Welling y en el día anterior en el Terrazas con Uriel. Abrí la llave de la ducha, me dejé caer el chorro caliente ahí, y empecé a introducirlo suavemente dentro de mi vulva siguiendo las instrucciones; primero con timidez, luego con más confianza.

El examen era a la tercera hora y mi plan consistía en volarme las dos primeras horas de clase para medio estudiar con Lauren y Vana, y hacer una copia escondida en uno de los baños detrás de la cancha de fútbol. Tenía que sacar más de noventa por ciento para salvar la materia, nivelar dos y no perder el año. Aunque el pervertido de Salas me había dicho que si sacaba más de sesenta por ciento pasara por su oficina, que él me ayudaba. En inglés y biología no tenía nada que hacer; en inglés porque no sabía ni shit, y en biología porque Mariú Ge, la profesora culona esa, era una puta de shit.

Justo cuando iba montada en el bus rumbo al colegio me acordé de que había dejado, en la tapa del inodoro, el regalito que Lauren me había hecho y de que mi madre regresaría a casa a la una en punto de su paupérrimo trabajo de medio tiempo como asesora de ventas en la inmobiliaria Barú. De pronto se me bajó la presión, sentí que palidecía, que el mundo me daba vueltas y en medio del calor me puse a sudar frío. La solución más lógica habría sido bajarme en la próxima parada, cruzar la calzada, tomar un bus de regreso, llegar al edificio antes que mamá, subir los nueve pisos por el ascensor, entrar al apartamento, ocultar el artefacto, bajar de nuevo y tomar otro bus para el colegio. Lo que implicaba, por supuesto, llegar

después de la una y, tal vez, gracias a las estúpidas medidas implementadas por José Ramón, el Rector, durante el último mes, no me dejarían entrar: "Carné en el pecho, zapatos perfectamente lustrados y cerrar la puerta a la una en punto".

Pero estaba lo del examen, y aunque era a tercera hora no podía arriesgarme a no llegar. Aunque ese no era el problema en realidad, porque al final cuando habían más de veinte estudiantes amontonados, o nosotras nos poníamos a hablar de tú a tú con los vendedores de afiches de celebridades y pulseritas de nylon o con el viejito barbudo de la chaza de confites y cigarrillos, los vigilantes abrían las puertas; o si no, nos volábamos la paredilla y los chicos aprovechaban para ver debajo de nuestras faldas.

Había un inconveniente mucho mayor, que pese a ser martes, me había gastado el día anterior, haciendo cositas en el Terrazas con Uriel, la plata que me mandaba mi papá semanalmente desde que se separó de mi mamá y se fue a trabajar a una universidad en Medellín, y tenía en el bolsillo de la falda un poquito más de lo del pasaje para regresar. Así que debía elegir entre enfrentar a mamá, con la cara llena de vergüenza y quien sabe qué, por la noche, o quedarme encerrada en el apartamento con alguna excusa, no hacer el examen y tirarme por segundo año consecutivo el noveno grado.

De momento elegí continuar hasta el colegio, asustada. Dejé que el bus avanzara en su camino y en cada semáforo o paradero cambiaba de opinión: me bajo—no me bajo— me bajo— no me bajo— me bajo. Como si mi futuro dependiera de una margarita. ¡Ay, Dios!, cada minuto que pasaba las probabilidades de volver a tiempo a casa eran menores, pues la distancia se hacía mayor, y el reloj estaba cada vez más cerca de la una: No me bajo, decidí finalmente.

Durante el resto del viaje no hice otra cosa más que pensar en la posible reacción de mamá. La imaginé entrando al apartamento, acomodando las cosas en el tocador de su cuarto, destapando en la cocina la olla de sopa Nork, el arroz de fideos y la ensalada de lechuga que ella misma había dejado preparado por la mañana antes de salir; volviendo a la mesa para almorzar, viendo en el canal Uno las noticias malas del país y por último entrando al baño para lavarse las manos,

para orinar o cepillarse los dientes y hallándose de frente o de lado (no sé) con el artefacto ese. ¡Que vergüenza!, mi pobre madre, experimentaría primero un poco de amargura y decepción, para luego pasar a rabia e indignación. Y esperaría... esperaría... esperaría sentada en el sofá, quizás después de haber llorado un poco, hasta que yo llegara por la noche y me agarraría sin mediar palabras a cachetadas y correazos.

Cuando llegué al colegio la puerta aún estaba abierta, repentinamente la norma no regía para fechas de exámenes y los profesores tenían la orden de dejar libres las dos primeras horas para que los estudiantes repasaran, pero sin dejar salir a nadie a los pasillos. Lauren y Vana ya habían llegado y se habían metido en alguna parte del colegio que no era en ninguno de los baños detrás de la cancha de fútbol, hasta donde fui a buscarlas. A Uriel nadie lo había visto, tal vez no había llegado y quizás nunca lo haría por que estaba eximido del examen. Como cosa rara todo mundo estaba dentro del salón, estudiando juiciosos en sus puestos, así que mi presencia era más notoria merodeando en los pasillos. Me habría puesto a estudiar sola o con alguien, de inmediato, de no ser porque como nunca copiaba en clase mis cuadernos no estaban al día, y más de la mitad del salón me detestaba (y yo a ellos) y porque además no tenía mente para otra cosa que no fuera lo que me esperaba por la noche cuando me hallara frente a frente con mamá.

Necesitaba hablarlo con alguien, desahogarme. El oído perfecto para nosotras era Hildebrando Márquez, el muchacho que atendía en la cafetería. Con nosotras siempre tenía una actitud comprensiva y delicada, los chicos de grado once le habían inventado un apodo: Marimón, debido a su extraña condición: era marica y mormón. Hildebrando nos fiaba gaseosas y porciones de pizza cuando no teníamos plata, nos prestaba el pasaje para el bus cuando lo habíamos gastado o perdido, e incluso había sido él el que había arreglado todo para que me cuadrara con Uriel, y lo de Lauren con Esteban y lo de Vana con Adrián también. Pero para llegar a la cafetería había que atravesar gran parte del colegio y el coordinador Pérez, que siempre andaba dando vueltas como una patrulla, me sorprendió mientras cruzaba desde la plaza de banderas hacia uno de los pasillos del patio de idiomas. "A dónde

va, señorita", me dijo. "¿Señorita?, si usted supiera", pensé y por una fracción de segundo sentí ganas de reír. "Entrégueme su carné y váyase a su salón inmediatamente", "Ah, y encájese esa blusa" me gritó después. Cuando regresé al salón Lauren y Vana ya estaban allí, con su actitud provocadora de siempre, hablando y hablando, cuchicheando sobre la vida de alguien más, exhibiendo sus celulares de última tecnología, haciéndose las Chicas Súperpoderosas, con la revista Tú abierta sobre el brazo de la silla y escuchando música de Good Charlotte, J.Lo, Avril Lavigne, Eminem o Simple Plan en el *ipod* de Adrián. Los demás seguían más que juiciosos, sentados en sus puestos, estudiando, pese a que Zamora, el profesor de castellano, aún no había llegado. ¿Y si hubiera llegado qué?, nada habría cambiado, Vana y Lauren habrían seguido hablando y hablando como si nada. Porque quien veía al bobogrande de Pedro Luis Zamora; con sus gafas de marcos gruesos, con sus camisas manga largas, con su pila de libros viejos bajo el brazo y sus interminables discursos sobre la importancia de escritores que a nadie le interesaban y que lo estaban volviendo loco, "loco de atar" como dice la canción; no se imaginaba lo mal que se ponía cuando Lauren abría las piernas y lo dejaba ver desde su escritorio el triangulo de su panty o cuando cualquiera de nosotras, pero principalmente Lauren, se acercaba hasta su puesto para preguntarle algo, cualquier cosa, él no contestaba pero no dejaba de mirarle las tetas, y desde nuestros puestos lo veíamos tragar saliva como si se imaginara en su boca esas teticas rosadas, y era el único momento, en los cuarenta y cinco minutos que duraba la clase, por mucho desorden que hubiera, en el que por fin se quedaba callado, ¡uf!

Le dije a Lauren que por su culpa me había metido en un problema grandísimo. "Qué pasó" dijo Lauren medio preocupada "Dispara, dispara" dijo Vana por molestar. Entonces reconstruí paso a paso lo que había sucedido, sin omitir un solo detalle; y mientras lo contaba en vez de desahogarme, empezaba a sentirme peor. Era como si mi madre estuviera escuchándome y grabándome todo el tiempo y cuando llegara a casa por la noche por el solo hecho de haberlo contado no tuviera opción alguna para negarlo. Sentía también los ojos de mi madre puestos sobre la nuca, quemándome, como un rayo de sol a través de una lupa mientras les contaba y les contaba. Y ellas, Lauren y Vana, no hacían otra cosa más que burlarse, agitar

las manos como diciendo "ay, ay, ay" y reírse de mí con sus estruendosas carcajadas que me incomodaban, tanto como al resto de los chicos del salón que estaban en sus puestos concentrados estudiando y que nos decían poniéndose los dedos en los labios "Shhhiiiiiiiiiiiiiiiiii".

Así que me callé, sí, me callé, y me puse a hojear la revista Tú que estaba sobre el brazo de la silla, abierta en una página que mostraba un test que pretendía definir varios prototipos escolares. No hacía falta contestar las preguntas para saber que Lauren era del tipo Top Ten "Tú no entras al salón, tú desfilas hasta tu pupitre" y que Vana encajaba perfectamente en el tipo Rebelde sin causa "Te gusta provocar a todos. Realmente disfrutas sacar de casillas a la gente" Y yo, sobre todo en ese momento, estaba más que claro que pertenecía al tipo Causa perdida "En el fondo, sientes que no eres tan brillante como los demás". Tanto así que me apresuré a buscar en la revista la sección donde se hacían públicas todas las causas perdidas, donde todas las niñas del país le confesaban a Alex, sin tapujos, sus problemas y Alex en pocas líneas les respondía; y mientras las leía me imaginé lo que yo, si pudiera, le hubiera escrito :

"Querido Alex, después de pensarlo mucho, esta mañana me atreví a usar un artefacto que me había regalado mi mejor amiga, con tan mala suerte que me vine para el colegio y lo deje olvidado en el baño a la vista de mi mamá. Aún estoy en el colegio, Alex, me da pavor regresar a casa y no sé como enfrentar a mi mamá, ayúdame, por favor ¿qué hago?"

Pensaba esto cuando por fin Vana, gracias a la insistencia de Lauren, sacó su cuaderno de matemáticas a regañadientes y nos pusimos, ahora sí, las tres, a preparar la copia. Copiamos las formulas cada una en un papelito distinto, Zamora acababa de entrar con un libro amarillento, como sus dientes, bajo el brazo. Las memorias de Adriano, según pude ver.

Se acercó dando saltitos de cabra hacía donde estaba Vana, le quito el papelito y la interrogó "Qué es eso, una copia". "Sí y qué" le contestó Vana con displicencia "Bueno, pero no lo saque" dijo el muy idiota, se lo devolvió sin mirarlo bien y se fue hacía su puesto a leer su libro.

Cuando el perverso de Salas entró ya la copia estaba lista; bueno, casi lista porque sólo alcanzamos a transcribir la mitad de las formulas; traía un pesado sobre de manila donde estaban los 41 exámenes de 64 preguntas de selección múltiple, dio brevemente unas recomendaciones y dejó muy en claro que en la hoja en blanco debía aparecer el desarrollo de los ejercicios y que no respondería a ninguna pregunta, y le dijo a Mariú Ge, quien acababa de entrar y había sido designada por Pérez para cuidarnos durante las dos horas siguientes, que al mínimo movimiento sospechoso quitara el examen. Y así fue, después de mirar una a una las preguntas, en la primera oportunidad que hallé, saqué la copia del bolsillo de la falda y la acomodé en el brazo de la silla debajo de la hoja de ejercicios. La tuve allí un buen rato, sin atreverme a sacarla, mirando de vez en cuando a Mariú Ge que no me quitaba los ojos de encima. Entonces empecé a hacerme la tonta moviendo los labios repitiendo las preguntas, sin emitir sonidos, como si estuviera reflexionando. No dejaba de echarle un vistazo de vez en cuando a Mariú Ge que en ese momento se alejaba con sus dos nalgotas hacia el otro extremo del salón, mientras yo con la mano derecha intentaba torpemente rodar el papelito de la copia. Y andaba en esas cuando Mariú Ge en un movimiento repentino, casi de gata, dio seis pasos hacia mí, levantó la hoja y me dijo "Rosales, deme el examen y salga de aquí". Recogí mis cosas sin rechistar pero mirándola con rabia "Hasta para hacer copias hay que estudiar, señorita" me alcanzó a decir la muy perra antes de que saliera.

Salí de ahí directo al baño, oriné, me lavé la cara y luego fui a la cafetería. Tenía unas ganas horribles de llorar pero me contuve durante todo el camino por que no quería que nadie me viera, pero cuando llegué no pude más y entre lágrimas le conté a Hildebrando primero lo del examen y después, de la misma forma como lo había hecho con Lauren y con Vana, lo que me estaba pasando. Y mientras lo hacía volví a sentirme peor, como si al nombrarlo el hecho se consumara más y más. "A lo hecho pecho, mi vida" dijo Hildebrando, secándome las lágrimas con un pañuelo sucio de quién sabe qué, agregando, mientras me traía una Coca cola 350, que la cosa era grave pero que lo único sensato que podía hacer de momento era

encomendarme a Dios y esperar, y que de nada me serviría estar sufriendo por adelantado si de todos modos lo que tenía que pasar iba a pasar.

Después del descanso me puse a dar vueltas por el colegio y lloré un poco más. En verdad no tuve cabeza para volver a entrar a clases y el resto de la tarde me la pasé vagando por ahí, tratando de evadir a Lauren y a Vana que, según supe, después del examen habían estado preguntando por mí.

Estuve un buen rato sentada en las gradas del Coliseo mirando un partido de voleibol entre las chicas de grado diez del colegio y un equipo malísimo de viejas tetonas y desnalgadas que a ciencia cierta nunca supe de que colegio eran. En una de esas, mientras deambulaba por las afueras de la enfermería en busca del teléfono público, me encontré nuevamente con Pérez quién me volvió a pedir el carné, pero "ni modo- le dije- usted lo tiene" y me hice la que tenía un terrible dolor de cabeza y que precisamente iba a entrar donde Elsa, la enfermera, por una Aspirina. Me hubiera gustado entrar donde Adela, la sicóloga, y contarle lo que me pasaba, pero contárselo a ella era contárselo a todo el mundo, incluyendo a mi mamá.

Cuando Pérez se fue me acerqué hasta el teléfono y marqué el número de mi casa con la intención de hallar algún indicio sospechoso en la voz de mamá, pero antes de que contestara colgué. Después intenté un par de veces llamar a la casa de Uriel, pero la primera vez sonaba ocupado y la segunda el maldito teléfono público se me tragó la moneda.

En el bus de regreso a casa me tocó de pie y pese a que los mugrosos tipos que pasaban detrás de mí aprovechaban para rozarme las nalgas y recostármelo, no pude decir nada pues estaba demasiado atemorizada por la reacción que tendría mamá.

Esta vez la imaginé esperándome sentada en el borde del jardín a la entrada del edificio, con la correa enrollada en una mano y sosteniendo en lo alto el artefacto en la otra, apenas bajara del bus se abalanzaría hacia mí pegándome y me gritaría

"perra" o "puta" mientras los vecinos y la gente que pasara en los carros me miraran.

Me bajé del bus dos calles antes del edificio y me quedé un rato dando vueltas mirando las vitrinas, la ropa y los maniqués en las boutiques de un centro comercial cercano. Hasta que me harté y no pude más. Caminé decidida las dos calles hasta el edificio y entré, saludé a Helman, el portero, subí los nueve pisos por las escaleras, porque el ascensor estaba dañado, y entré al apartamento. Mamá estaba sentada frente al televisor de la sala, sosteniendo un plato con comida sobre las piernas. El menú era pollo apanado, puré de papas, arroz de cebolla y jugo de mora sin leche. Si hubiese perdido la conciencia y estado dormida durante algún tiempo y despertado justo en ese momento habría sabido que era martes por el menú. Mamá me saludó con una actitud bastante rara, veía en la televisión, en vez de una de sus clásicas novelas ambientadas en Miami por Univisión, un programa que hablaba sobre la conducta sexual de la Mantis Religiosa en Animal Planet. Estaba más que claro que lo había puesto para encontrar una coyuntura y entrar en el tema, tal vez no se atrevía a encararme de buenas a primera y necesitaba una ayudita extra o tan solo esperaba a que fuera yo o mi nerviosismo quien me delatara e introdujera la situación. Me quedé ahí con más miedo que ganas comiendo el arroz y el pollo, y sabía que mi madre con el rabito del ojo me miraba y que cuando yo levantaba la cabeza se hacía la tonta como si estuviera viendo el programa. Después de medio comer y tomarme el jugo, lo pensé dos o tres veces antes de entrar al baño, pues no encontraba forma de entrar sin parecer sospechosa, quizás mamá había dejado el artefacto ahí dentro y estaba esperando a que yo entrara para cogerme con las manos en la masa.

Entré al baño pero no había nada, me quedé un rato sentada en el inodoro sin poder orinar, llené una taza con agua y la dejé caer dentro para que mi mamá escuchara el ruido del chorro y luego salí directo hacia mi cuarto casi sin mirarla. Y mientras pasaba a su lado pude, ahora sí, sentir el peso acusador de su mirada sobre mi espalda, pero seguí caminado como si nada y cerré la puerta. Mi madre entró a mi cuarto de inmediato, mientras me quitaba el uniforme se sentó en mi

cama, y entonces sí me preguntó que qué era lo que me pasaba, y cuando estaba a punto de decirle que me perdonará, que el artefacto ese no era mío sino de Lauren o de Vana y de jurarle por todos los santos que era la primera y la última vez que lo utilizaba... me preguntó si tenía un cólico menstrual y si me iba a venir la regla. Le dije que sí, que claro, y de inmediato se fue por una pastilla de Calmidol y un vaso con agua a la cocina y regresó para darme la pastilla, apagar la lámpara y cerrar la puerta.

Me quedé un rato más, acostada bajo el escudo de las sábanas, pensando que mamá en cualquier momento volvería a entrar decidida y me cogería a gaznatadas. Estuve durante horas así, sin poder dormir, en penumbras, mirando fijamente el afiche de Aston Kutcher en el cielo raso, deseando que se hiciera tarde y que mamá apagara el televisor y las bombillas de la sala. Y cuando por fin afuera estaba todo oscuro y no escuché ningún ruido, me levanté, abrí la puerta con cuidado, evitando el molesto chillido, me fui en puntillas hasta la cocina, encendí un cirio con un fósforo y me dirigí hacia el cuarto de atrás. Me subí sobre una silla de madera, busqué en la parte alta del closet, miré en el fondo de la caja donde guardaban las bolitas y los adornos de navidad, solté los alambres que amarraban la bolsa de supermercado, desenvolví el periódico y ahí estaba.

TAN TRISTE COMO BELLA

Para E G y J C O

QUERIDA tan triste:

Estos meses sin ti me han convertido un hombre enteramente disminuido, diezmado, demasiado melancólico para mi propio gusto. Lo digo en serio, si algo brilla en mí, son sólo rezagos de una antigua tormenta.

Quise ser la canción que te hiciera bailar, pero al llegar a tu oído me he convertido en ruido. He querido ser lluvia, pero la lluvia sólo es lluvia cuando te moja. Cuánto diera por deshacerlo todo y volver la instancia de la primera palabra, del primer beso, de aquella primera noche en que entré deslizándome en tu cielo mojado. Extraño rozar tus aguas profundas y morder tus peces rosados...pero el tiempo se acorta y asfixia, y con la distancia y el silencio me indicas que somos dos ríos cuya suerte es desembocar en mares distintos.

Debes saber que no me conformo con esto, aún anhele la casa grande y el bello jardín: la flor intacta y perfecta... ¿te acuerdas? ...no este cuartito de hotel, no el cuadro con el paisaje repetido o el bodegón gastado coigado en la pared

Ya no sé cómo insistirte después de lanzar tantos golpes al vacío, después de perder innumerables noches confesándome en el oído sordo de tu contestador automático; sin conseguir una respuesta. ¿Será que cambiaste de número? ¿O acaso mi palabra como una vieja maquinilla ha perdido su filo y mi encanto se ha derrumbado como un endeble castillo de naipes? Tal vez no jugué las fichas correctas. Nada de esto es tu culpa, equivocarme siempre ha sido lo mío.

Querida tan triste, esta carta no es un As, pero sí el último aliento que me queda bajo la manga y lo apuesto por ti. Si no la aceptas mi destino será sumergirme en otras aguas, donde mi ruido parezca canción, donde mis aguas también mojen...y volver a la noche asesina, a disputarme un polvo incierto, un trago amargo, y el abrazo frío, propio de los desconocidos entrañables... ¿Acaso tu cama y tu cuerpo se acuerden de mí?

Si he escrito todo esto es porque... si eres tan sabia y astuta como pareces ya deberías haberlo entendido. Tengo palabra, siempre la he tenido, pero también tengo silencio y es un muro inquebrantable que sé dónde, cuándo y cómo poner.

Atentamente

Más triste que tú.

AHORA mientras relee la carta que nunca enviará, semidesnudo y descalzo, sentado al borde de la cama, mirando lejos a través de la ventana, a Evan le gustaría poder olvidarla y volverla a conocer. Romper el hilo en un punto equis, evadir los lugares pérfidos en donde esta historia se extravió y desviarla hacia esa otra dimensión en donde tal vez fueron felices. Le gustaría tomar de nuevo el bus de la ruta equivocada, cruzar las miradas en medio del pasillo, bajarse en la misma estación, tropezarla accidental y aparatosamente antes de salir, pronunciar las mismas palabras, detallar con mirada lasciva el curioso *pearcing* en la nariz y el pantalón ajustado de enfermera donde se marcaba el minúsculo hilo dental. Todo eso, la concreción de un solo instante.

Evan sabe que no se enamoró de Sue sino de un instante de Sue, un instante involuntario y afortunado, y que el resto fue sólo la réplica o la idealización de ese puto instante, de ese gesto, que es el filtro que después hizo posible que el sonido de un pedo estridente jalonara sonrisas y soportable un grado moderado de mal aliento o el humo de un cigarrillo ajeno.

La vio por primera vez en el pasillo de un bus, a esa hora de la noche, en que hombres y mujeres de rostros magullados y espaldas encorvadas vuelven del trabajo y se dirigen a casa; ese hueco donde los espera alguien y un plato de comida o al menos un cojín donde recostarse para al día siguiente levantarse y volver a

empezar, e introducirse en esa mortuoria rutina de ir y venir, lenta e idiota, en que se convierte la vida.

La segunda vez la vio en la entrada de un cinema, se reconocieron, se saludaron, vieron la misma película sentados uno al lado del otro, y luego se emborracharon y se besaron mientras él sostenía en la mano una botella de ron con la que violentaban la Ley Seca impuesta esa noche en la ciudad, debido a la cercanía de las elecciones municipales. Esa misma noche Sue le advirtió dos cosas: que tenía novio y que todos los hombres que se acercaran a saludarla en la calle, habían sido, al menos en una ocasión, sus amantes.

Al día siguiente se citaron en un parque pero ella no apareció. Evan después de pensarlo mucho se decidió a llamarla y mientras ella hablaba despreocupadamente sobre el hecho de que no cumpliría con el pacto de la cita, él imaginaba que al otro lado, escuchándolo todo, había otro hombre, burlándose de él, chupándole los blandos pezones o hendiéndole dos dedos en medio del culo. Y por un instante, aún sabiendo a que atenerse con ella, sintió por primera vez que un fuego le atravesaba el esófago y lo quemaba por dentro, irritando sus entrañas. Tuvo que reprimir el deseo de arrojar contra la pared aquel maldito teléfono y pisarlo hasta volverlo añicos. Volvió a su casa deseando al menos encontrar un vaso de agua helada, y encendió con la llamita de la estufa un par de cigarrillos arrugados y marchitos, olvidados alguna vez sobre la nevera. Abrió al azar las páginas de unos cuantos libros de su biblioteca, buscando refugio bajo la sombra de algunos párrafos antiguamente subrayados y en *El Sonido y la Furia* de William Faulkner encontró éste: "Ninguna batalla se gana jamás. Ni siquiera son libradas. El campo de batalla sólo revela al hombre su propia locura y desesperación, y la victoria es una ilusión de filósofos y tontos". Después de leerlo, entró al baño, y por primera vez en todos sus años de masturbador compulsivo, se hizo la paja con un desgano de despecho, eyaculó con fuerza dentro del inodoro y vio perderse el semen entre el remolino de agua donde juraría haber visto un rostro perverso y sonriente.

Horas después volvió a marcar el número de Sue, pero ésta rechazaba su llamada al instante. Lo hizo varias veces con igual resultado y decidió borrar el número de la memoria del aparato. Sabía que su voluntad había sido doblegada y

que si no hacia esto la llamaría toda la noche hasta hacerle o hacerse la vida imposible.

Una semana después la encontró sentada en compañía de otro hombre en la barra de un bar. Evan supo que se trataba del novio, aunque la disposición de sus cuerpos no revelaba ningún tipo de complicidad. Se acercó a ella, la saludo estrechándole la mano y le hizo saber que había perdido el número de su teléfono. El otro hombre, sentado al lado de ella, no se inmutaba, como si no se diera por enterado. Evan tomó una servilleta de la barra, sacó un bolígrafo del bolsillo y anotó la pregunta:

“¿Ha muerto la flor?”

Sue, astuta, le guiñó un ojo y respondió con otra pregunta en el mismo papel:

“¿Ha muerto?”

Y debajo con trazo delineado anotó sus dos números telefónicos. Evan giró el cuerpo y salió del bar sin despedirse. En la calle levantó el brazo y en un movimiento de la mano abierta arrojó el papel hacia atrás logrando una cesta perfecta, de tres puntos, en una caneca de basura. Y se fue a tomar solo en un bar de la Calle Larga, un bar donde había una puta paisa a la que le faltaba un brazo y una cantidad de gringos malolientes que lo hicieron sentir, por momentos, en uno de esos bares de marinos, de puertos legendarios; en medio de esa noche oscura que no fue iluminada ni por mujeres bellas, ni por la luna.

Dos días después la volvió a ver de espaldas, caminaba por las calles del Centro tomada de la mano del mismo sujeto, sujeto de baja estatura, de tez morena, andar parco y corte de pelo estilo militar. Quiso seguirla, pero comprendió en el acto lo inútil y ridícula que era esa iniciativa, no tenía nada que reclamar, sabía que él era el advenedizo, el clandestino. Una hora después Sue apareció sola y ebria en el bar de la Calle Larga, donde Evan departía con dos viejos amigos. Se arrojó sobre sus piernas y lo besó con desespero mientras le decía que el otro hombre le producía náuseas, que lo había besado pero pensaba en él, que había dejado al otro hombre porque lo prefería a él.

Por el sabor a gasolina que desprendían sus besos, Evan supo que Sue además de ebria había estado inhalando cocaína. La paró de sus piernas y le dijo que se largará a su casa. ¿Ha muerto la flor? , preguntó ella antes de irse a vomitar al baño que sobre el marco de la puerta tenía escrito: Al fondo la derecha.

Salió del baño dando tumbos, golpeándose con las paredes. Afuera del bar se sentó en el andén y se puso a reír como una hiena delirante, se puso de pie y se tambaleó sobre el par de tacones medianos hasta caer en el piso. Evan salió del bar, la levantó, la montó en un taxi y la llevó a un motel. La acostó sobre la sucia cama, la desnudó y acariciándole el vientre le decía: "Dime dónde demonios te duele". Ella, aún ebria le gritaba que se lo metiera y que le diera duro. Al amanecer se puso de pie y exhibió su cuerpo desnudo a través de la ventana frente a los transeúntes que pasaban y se detenían.

La noche siguiente hicieron el amor por primera vez en un motel miserable del Centro, diferente al de la noche anterior. Mientras Evan la besaba y se hundía en ella, Sue se puso a llorar. Evan prefirió no hacer preguntas para no arruinar el instante y se limitó a beber sus lágrimas con la misma disposición que tenía para beber todos sus líquidos. Luego de eso caminaron tomados de la mano hasta la casa de ella y se sentaron largo rato en el andén. Me gusta cómo me tocas, le dijo, porque lo haces sin maldad. Los otros la habían tomando como arando tierra, como cosa inerte. A veces los besos, dijo, son lo único que hace que el sexo no sea pura violencia. Esa noche le contó que quería huir de la ciudad, de la casa, de la guerra del silencio que el desamor y el fastidio había impuesto en sus padres, tan ajenos a ella que no paraba de hablar, de decir siempre, así fuera de manera incongruente o alocada, lo que pensaba. Quería escapar a una ciudad de clima frío, el calor de ésta no estaba hecho a su medida, la moral estrecha de sus habitantes mucho menos. En esta ciudad me siento media mujer, dijo, en esta ciudad debo pensarlo demasiado antes de vestirme de negro y ni siquiera cuando tú me muerdas el cuello podré ponerme una bufanda. Le dijo además que soñaba recurrentemente con un hombre que escribía y no paraba de fumar en Madrid. Le contó sus otros sueños: soñaba con una garza coja que fumaba, soñaba que se quedaba encerrada en un baño lleno

de mierda, soñaba que caminaba en medio de un jardín en cuyo centro había una flor dorada, hermosa y perfecta, a la cual se acercaba, contemplaba unos minutos y pisaba. Luego dijo, sacado de la nada, que le habría gustado llamarse Emily. Finalmente miró a los ojos de Evan que permanecía sentado a su lado con la mirada perdida y le dijo:

“Quiero que sepas que me siento vulnerable frente a ti, porque no esperas nada de mí. Estoy atrapada, no soy buena con las palabras pero si te tomaras el trabajo de mirarme a los ojos ya lo habrías entendido”

Evan permaneció unos segundos sin decir nada y luego le hizo saber que le gustaban los bares de mala muerte, los moteles miserables, las mujeres sórdidas, los libros de Henry Miller y las peleas callejeras, que había vivido en medio de todo eso y que no le era desagradable o extraño, pero que lo que él quería de verdad, era una casa grande con un bello jardín lleno de flores perfectas, y una linda chica junto a la cual recostarse. Sue le dijo que quería algo similar, que por favor la sacara de todo aquello. Entonces Evan le acarició la cara y le dijo lacónicamente antes de darle el beso:

“Yo tampoco soy bueno con las palabras, pero si me miras a los ojos...”

La herida abierta esos primeros días se removió un año y dos meses después, dentro de la psiquis desajustada de Evan. Estaba sentado en la sala del apartamento que ahora compartían en una ciudad distinta, y mientras la esperaba pensaba con furia “Como ha tratado a otros me tratará mí”. La amaba y la maldecía. La había llamado infinidad de veces sin que Sue le contestara el celular, unos minutos después ella lo llamó excusándose por no haber podido contestar. Mientras Sue hablaba sin parar, Evan escuchó música en derredor.

---Dónde estás- preguntó groseramente.

-En un bar -dijo ella, sin inmutarse.

-Con quién estás-cuestionó Evan, incisivo.

-Ya voy para allá- dijo Sue y colgó.

Sue entró al apartamento dos horas después, ebria y dando tumbos como en los días iniciales, traía una sonrisa pegada a los labios y cantaba una canción "*Hay dos días en la vida para los que no nací*", cantaba y se volvía a reír, como una hiena. Hola mi amor, dijo, cuando Evan la interceptó. Sus ojos negros y profundos eran un par de lanzallamas descargando su furia sobre una rama seca, los tenía abiertos hasta más no poder y su respiración era entrecortada. De pronto empezó a gritarla y a zarandearla tomándola por los hombros, Sue se estremecía y se reía. "Contesta, zorra" le exigía Evan "Con quién mierda estabas". Sue le contestó diciéndole que él no era más que un extraño que había conocido en un bus y que no tenía ningún derecho a cuestionarla. En ese instante la mano abierta de él se estrelló con violencia sobre el rostro de ella, que lloró como la primera noche en que hicieron el amor, y sangraba. Hubo un silencio incomodo e insalvable. Entonces Evan pensó que tal vez había actuado fundamentado sobre la nada y se sintió miserable y ridículo. La vio temblar asustada como un animalito herido y sintió pesar por ella. Quiso consolarla pero sus actos como una motocicleta no tenían reversa. Sue lo miraba despavorida, acucillada en un rincón, Evan respiraba ásperamente, atragantado por el silencio y apretaba los labios como buscando las palabras que lo redimieran. Sue se puso de pie y le gritó "maldito, maldito", antes de salir corriendo, tirando la puerta y dejándolo solo. Y lo que Evan estuvo a punto de decir y lo que habría podido ser se perdió para siempre.

ANGELA VIENDO COMER EN MCDONALDS

Capítulo 4

TE levantas de la cama para orinar y notas de inmediato el frío del agua bajo la planta de tus pies. Tienes la boca reseca y el corazón palpita a una velocidad endemoniada. Has vuelto a tener, una vez más, ese ridículo sueño en el que eres una caricatura y frente a tus ojos el Coyote logra atrapar al Correcaminos.

La luz de la lámpara del patio vecino entra con fuerza a través de los calados de la habitación. Ángela está dormida y desnuda a tu lado, suda a falta de abanico, y pese al anejo que cubre los calados una espesa nube de mosquitos da vueltas sobre su cabeza. Sigues el rastro del charco hasta el baño. El ruido del agua que golpea con fuerza la pared, y las gotas que pringan tus rodillas te hacen saber que el tubo del lavamanos se ha roto. Orinas con un chorro ruidoso, salpicando los bordes de la taza, y luego sales hasta la sala y tanteando como en un juego infantil, con la seguridad de un ciego, hallas el interruptor y enciendes la bombilla.

Te sorprende ver la cantidad de agua que ha inundado el piso y sale por debajo de la puerta hacia la calle. Ves tirados en un rincón de la sala tus implementos de trabajo. Levantas un cuadro y el lienzo mojado desprende sobre el suelo tres colores de tinta, y esa imagen decadente, patética, te da la idea de un nuevo cuadro: *Autorretrato*.

Dejas el lienzo a un lado y vas lentamente hasta la ventana, ruedas las cortinas, abres las persianas y te asomas. El agua baja por los escalones como una pequeña cascada, abriéndose paso en un largo camino que desemboca en la carretera de asfalto. Allí hace un reflejo con la luz amarillenta del poste y un chirrido al contacto con las llantas de los pocos carros que pasan veloces a esa hora de la madrugada. Son las tres y veinticinco.

Vuelves a recorrer la sala, el frío se ha camuflado en tus pies. No encuentras la llave para abrir la puerta. Miras en la mesita del comedor, entras al baño y miras

sobre la tapa del inodoro. Vas a la cocina y buscas sobre el mesón y el lavaplatos, pero no, no la encuentras. Es el espíritu burlón de las pequeñas cosas, piensas recordando la supersticiosa frase de tu madre.

Finalmente vuelves al cuarto para mirar encima del nochero y sobre el escaparate, por un momento tienes la intención de despertar a Ángela para preguntarle si ha visto las llaves, y mientras le espantas unos mosquitos de la cara, le susurras despacito al oído, pero al verla ahí, tan blanca y tan frágil; te arrepientes.

Al salir nuevamente del cuarto descubres las llaves puestas sobre un clavito incrustado en el marco de entrada a la cocina, podrías jurar que hacía un segundo no estaban allí, pero recuerdas que acabas de cumplir treinta y siete años y que no tienes edad para supersticiones. Abres la puerta de la calle para mirar qué tan lejos ha llegado el agua. Calculas, por la distancia, que por lo menos hace una hora y media se ha iniciado la fuga. Escuchas en la otra calle el pito del vigilante de la cuadra acercándose y luego los pasos de un gato saltando de un techo a otro. Crees ver a lo lejos entre unos matorrales una sombra moviéndose, quizás una pareja de novios besándose o intentando hacer el amor, esa imagen te hace pensar en otro cuadro y en su posible título: *Sombra de novios besándose a lo lejos*.

Decides cerrar la puerta con tranca y regresar al baño. No es mucho lo que puedes hacer, lo sabes de sobra. No tienes una sola herramienta en casa, ni habilidad, ni plata y el teléfono está recién cortado y sólo puede recibir llamadas. Entrás una vez más al cuarto, levantas la tapa del tanque de la ropa sucia, que luce rebosante en un rincón, sacas un suéter chino manchado con vinilo, lo rompes en tiritas, buscas las gafas sobre el nochero, sacas las chancletas con los pies de abajo de la cama y vuelves al baño para amordazar el tubo y remediar temporalmente el asunto. De regreso al cuarto te sientas en el borde de la cama, enciendes un cigarrillo, fumas cuidando que el humo no le llegue a tu mujer. No puedes dormir, y te quedas pensando entre otras cosas inútiles, en qué diablos pasaría con el mundo si el Coyote alguna vez lograra atrapar al Correcaminos.

Capítulo 3

LO primero que haces cuando amanece, después de enjuagarte la boca y fumarte un cigarrillo en la cola del patio, es sacar la basura. Ángela aún duerme. El camión recolector sólo pasa los martes y jueves a las siete en punto. El vecino de al frente barre la terraza y el de al lado riega con una manguera unas matas de laurel que adornan su negocio: una panadería. Los dos sujetos te saludan cortésmente con un gesto de las manos, mientras quitas el candado para abrir la reja, y luego uno de ellos hace un comentario sobre el tubo roto y la larga fuga de agua.

Pones la bolsa en el suelo y sacas de ella un pedazo de papel periódico para recoger una monumental plasta de mierda de perro llena de moscas que adorna el andén: *Mierda de perro en el andén*, dices mentalmente. Algunas personas que van para sus trabajos te miran desde las ventanillas de los buses que pasan con sobrecupo, unos chicos pasan vestidos de uniforme y cargando bolsos enormes, otros más pequeños caminan a paso apresurado de la mano de sus madres y cargan loncheras de colores ilustradas con dibujos animados de Disney y caricaturas japonesas.

Entras a la casa, vas hasta la cocina, enciendes el viejo radio-reloj que está junto al mesón, muy cerca del lavaplatos. En la radio los locutores disparan las principales noticias del día anterior. Un comando de encapuchados masacró a nueve personas en un barrio de invasión, una mujer celosa le arrojó una olla de agua caliente a su marido, cuatro tipos motorizados asaltaron una compraventa en el Centro, los pandilleros de los barrios detrás del cerro practican su tino apuñalando perros callejeros y burros envejecidos. La ciudad como el resto del mundo no es un lugar seguro. Cambias de emisora por una musical y luego apagas la radio.

Los primeros rayos del sol despuntan a través de los calados por el Este y desde temprano prometen otro día excesivamente caluroso. En el baño el tubo sigue goteando a través del trapo empapado. Ángela se levanta un poco antes de que el reloj marque las ocho y da un grito al sentir la humedad bajo sus pies descalzos. Te apresuras a contarle lo ocurrido en la madrugada y sólo en ese instante, mientras le relatas los hechos, caes en cuenta de que habría sido más sencillo salir hasta la terraza y cerrar la llave maestra en el contador. Un momento después de escuchar la historia Ángela se lava la cara y orina, sale al patio y se acurruca unos minutos

en un rincón para contemplar el desastre de los cuadros mojados que has puesto a secar al sol, luego toma el balde y el traperero y mientras seca el cuarto y la sala una lágrima de tristeza le surca la cara. Vuelve a llorar silenciosa mientras pone a hervir media ollita de agua para hacer un café con la última cucharadita queda en el tarro, y recalienta dos hamburguesa y unas papas fritas que trajo de McDonalds la noche anterior. Lloro porque no soporta más la mala racha, porque el tubo, como tantas otras cosas, se ha roto, porque deben dos meses de arriendo, porque sospecha que está embarazada y porque hace ya casi un mes que ella y tú se alimentan exclusivamente con las papas y hamburguesas que ella roba y esconde en su bolso cuando sale del trabajo. Hamburguesas y papas que después diez o siete minutos, respectivamente, sin ser entregadas a un cliente van a parar al cesto de la basura.

Capítulo 2

ÁNGELA sale de la casa dos horas antes que de costumbre, porque debe pasar por un laboratorio para hacerse una prueba y salir de dudas. Se despide sin darte un beso. Te quedas en casa esperando una llamada que resolverá las cosas, y empiezas a dibujar el boceto de un cuadro que hace días te ronda la cabeza, se trata del cuadro en el que harás realidad ese sueño en el cual el Coyote atrapa al Correcaminos. Mientras dibujas absorto, un vendedor de detergentes aparece enmarcado en la ventana dándote sin querer la idea de un cuadro: *Vendedor sin fe*. Tu mirada da de frente con la del hombre cuyo semblante revela haber recorrido previamente, sin éxito, un centenar de casas. El vendedor se queda unos segundos de pie, intentando gesticular algo, pero antes de que le salga palabra alguna, te adelantas diciendo:

— No, gracias.

El vendedor a pesar de ser negro palidece. Tiene la nariz chata como un boxeador y la cara plana de tantos portazos veloces como un "No", y tantos "No" que duelen como portazos en la cara. Es un pedazo de carne negra maltratada por el sol, envuelto por completo en una amplia y espesa gota de sudor.

—Que calor— Dice quejándose.

-No, gracias- repites al instante, sin haberlo escuchado.

El hombre se desvanece en si mismo y recoge con su lengua una parte del sudor de su cara.

—Regáleme, un vaso de agua, por favor— Suplica agotado.

No puedes evitar sentir pesar por él, le das la espalda sin decir nada, caminas hasta la cocina y regresas con el agua contenida dentro de un vaso verde de plástico reservado para los locos, limosneros, vendedores y testigos de Jehová.

-Tome-dices finalmente y vuelve a concentrarse en el boceto como si el hombre nunca hubiera existido.

Capítulo 1

A esta hora Ángela ya debe saber el resultado de la prueba, sentada en el penúltimo puesto de un bus a reventar escucha música salsa a todo volumen, mientras un montón de hombres la ensucian con la mirada. Quizás aún llora. Luego se baja frotándose los ojos, cruza la congestionada avenida, esquiva los autos veloces, mira para ambos lados, haciéndole caso por lo menos a uno de los muchos consejos de su madre. Entra y se va a los vestidores, no sin antes saludar, exponiendo su mejor sonrisa. En el baño contempla su blanca belleza frente al espejo, y la disfraza poco a poco con el uniforme amarillo que ha sacado del armario y la gorra azul, tan horribles como la cara del imbécil de Ronald McDonald. Dejas el cuadro a un lado y continúas pensando en ella, mientras devoras una hamburguesa Big Mac recalentada y ves las noticias en la tele: Un camión repleto de soldados fue incinerado por el sexto frente de las Farc, fuertes olas de calor azotan a Madrid debido al calentamiento global. Por un instante decides cambiar de canal; en la Warner, Elmer gruñón grita y con su escopeta amenaza con matar al Conejo de la Suerte. Piensas que Ángela ha llorado, y aunque sus ojos se hayan secado ya, y le sea posible ensayar de nuevo frente a los clientes esa sonrisa suya capaz de espantar la suma de todos los miedos, te sientes culpable pensando en lo mal que la ha pasado últimamente y en lo flaca que se ha puesto a pesar del posible embarazo.

Después de ver las noticias te alejas por primera vez del teléfono y sales a la calle. Caminas hasta el Kiosco de la esquina, compras una menta y un Piel Roja sin filtro y sacas con cautela el periódico local de la rejilla. La portada presenta la noticia de un huracán que azotó las costas de Miami, aparece ilustrada con una fotografía que muestra el mar desbordado y una palmera curvada por la inclemencia del viento. Abres el periódico, cuidándote de no desordenarlo, miras la agenda cultural: película en el MAM, recital de poesía en el Colombo-Americano, exposición en la Casa Francesa. Esculcas un rato los clasificados sin encontrar nada que se adapte a "tu perfil" y como quien no quiere echas un vistazo a tu signo en el horóscopo para indagar que te depara el destino: *"El cosmos se contrae en usted y en la vida para expandir su conciencia. Usted es antena de expansión de la conciencia. Todas las energías del Universo: los planetas, el sol, la luna, las estrellas fijas, etc. Hacen parte integral de esta expansión"*. Mierda, dices.

Metes una moneda en el teléfono público y marcas el número de la Galería para saber cómo va lo del posible comprador en Bogotá. El teléfono suena y suena, pero nadie contesta al otro lado. Te desesperas, abres el periódico, vuelves a leer los clasificados y anotas en tu agenda un par de ofertas de trabajo, nombres y números, pero antes de meter la moneda, desistes. Te consideras un artista y eres demasiado orgulloso como para contemplar la posibilidad de solicitar un trabajo de esos. En tu opinión, esa es la versión más clara de la derrota anticipada, la muerte en vida; y piensas que la imagen de un hombre desangrándose sobre una página de clasificados sería excelente para un cuadro: *Autorretrato 2*.

En McDonalds Ángela frente a cuatro máquinas freidoras, introduce las canastillas llenas de papas, las sala, las revuelve, las saca, las empaca y las acomoda por filas de acuerdo al tamaño. Caminas de regreso a casa, miras el boceto donde el Coyote montado en un vehículo de propulsión ultrasónico marca Acme, con un tenedor y un cuchillo se prepara para romperle la crisma al correcaminos. "¡Esta vez lo haré!", exclamas decidido y luego reprochas tu repentino optimismo. Dejas el boceto a un lado, y te dispones a pintar directo sobre el lienzo un cuadro distinto. Lanzas sobre la tela los primeros trazos con furia, e imaginas a Ángela nerviosa sacando hamburguesas de la basura y ocultándolas en su bolso. Sabes que ella merece algo

mejor y que si las cosas siguen como van no va a resistir más. Sabes que ella ha esperado demasiado y que la madre asecha con sus consejos, sabes que la esperanza que le has vendido con el paso de los días y con el hambre se extingue, y que su fe en ti, como la tuya propia, se ha desgastado. Sabes que ya no eres joven y que ella sí; que los años pasan y el sueño de juventud, la idea del genio incomprendido y exitoso se ha desvanecido. Sabes, hoy más que nunca, que no hay una alfombra roja esperándote en ningún lado. Sabes que hay otros artistas con menos talento que tú en las revistas, llevándose los premios y los honores. Sabes que el mundo del arte y el Arte son dos cosas diferentes y que tu trabajo es bueno, pero no tienes la esperanza de ser otro Van Gogh, aunque no estás lejos de cortarte una oreja, ni anhelas para ti la trasnochada idea del artista hambriento, quieres tu fama y tu dinero ahora, después de muerto ningún reconocimiento te servirá de nada.

Capítulo 0

Das la última pincelada al cuadro, te alejas un poco y lo contemplas unos minutos. Luego enciendes el televisor y te sientas a fumar. En AE Mundo pasan la historia de cómo Mickey Rourke arruinó su exitosa carrera hollywoodense, cómo después de un tórrido romance dejó la actuación, se retiró a la Florida y se dedicó a boxear. En ese instante Ángela entra a la casa, te acaricia la espalda al pasar y pone sobre la mesa una bolsa con papas y hamburguesas, observa en el centro de la sala el cuadro de un hombre desangrado sobre la página de clasificados del periódico y silenciosamente se pone a llorar. Nancy, la madre, entra detrás y te saluda con expresión ausente diciéndote "Señor". Te pide apagar el cigarrillo y el televisor porque tienen que hablar:

-La escucho-dices, mirándola a los ojos y apagando ambas cosas.

-Ángela está embarazada-dice, en un tono retador - y usted, señor, ¿no es un artista sino un desempleado. ¿Qué tiene que decir? ¿Ah?

La casa es invadida por un silencio punzante, un silencio malsano y peligroso, como de revólver cargado. "¿Qué tienes que decir?". Y antes de que se te ocurra

algo "que decir", el tubo del lavamanos se vuelve a reventar y un chorro potente empieza a inundar la sala. Te levantas, corres hacia el baño y luego sales presuroso para cerrar la llave maestra en el contador. Mientras giras la llave piensas en lo que "tienes que decir". Sabes qué es, pero no hallas las palabras correctas. Una borrasca de imágenes inconexas se desliza por tu mente. Piensas en el embarazo de Ángela, en las hamburguesas, en el tubo roto, en la fuga de agua, en los dos meses de arriendo, en el teléfono cortado, y en la llamada de la Galería que nunca recibirás. Logras, por una milésima de segundo, ver esa pequeña gran fisura que hace que todos los planes del Coyote fracasen, y de inmediato comprendes que por más que lo intentes, tú tampoco lo lograrás.

AHORA QUE SÓLO ERES UNA FOTO ROTA
(ASUNTO)

La última vez que te tuve, Amanda, fue en una foto. Una de esas fotos de grupo, instantáneas. Te veías triste, a pesar de la marcada sonrisa Whisky o tal vez por la impúdica sinceridad que brota de uno cuando ha fumado hierba, ha sudado, bailado y ha tomado tanto; no necesariamente Whisky.

Te veías francamente mal, bastante borracha y para ese momento, creo que, por lo menos habías vomitado un par de veces ya.

La foto huele a baúl cerrado y a jabón de baño mandado por mi padre de la Florida. Tiene una dedicatoria, escrita con una letra temblorosa sobre una cinta pegada en el fondo negro y brillante en la parte de atrás. Que dice *"Recuerdo de los años feroces, promoción 1999, un beso para ti: Amanda Serge"*.

Te veías mal, Amanda; después supe que ese mismo día por la tarde te habías enterado del embarazo y aunque estabas subida de peso y con las tetas hinchadas, habías decidido no hablarlo con nadie; quizás para poder fumar y emborracharte. No sé quién pagó la foto pero yo me quedé con ella; por accidente, claro, la traje entre un libro de Carl Jung que hacía cuatro años le había prestado a Ingrid y que me había resignado, como a tantas otras cosas, a dar por perdido.

En la foto están Miguel (el gran Migue), Lourdes Laporta, la flaca y chismosa de Adriana Galvis, Juvenal, Antonio Ruiz (quien se acababa de cortar el bigote), Ingrid, tú y yo, por supuesto: menos flaco que Adriana, pero entrando en miseria.

Esa noche Ingrid después de años de resistencia se cuadró con Antonio y no había poder que los separara besándose en el balcón de Quiebra-Canto. La flaca de Adriana fumó por primera vez marihuana en las afueras de los antiguos cines, Juvenal después de negarlo quince mil veces se asumió como marica, Lourdes confesó que era virgen, Miguel, dijo mientras armaba un vareto bajo la mesa, que él no tenía nada que confesar, que era pura sinceridad. Y todos estuvieron de acuerdo en que nuestra relación hacía rato, en la universidad, no era un secreto para nadie.

Y no lo era tampoco para tu marido, que un par de horas después te pasó a recoger en su carcacha de carro blanco. Pitó varias veces, sacó la cabeza por la

ventanilla y me saludó con la mano y una amplia sonrisa. Sí, a mí, que estaba en el balcón, llevándole un trago a Antonio y a Ingrid que al verlo me miraron y pusieron cara de acontecimiento. Tú estabas en el baño, quizá vomitando de nuevo, quizá llorando en secreto, qué sé yo. El caso es que el hombre subió, se pidió un trago doble en la barra, trajo una cerveza para mí y me encaró como nunca. "Amanda es mi mujer, lo ha sido y lo será siempre. Usted verá en mí a un viejo y pensará que ella está sometida a un castigo, y que por eso lo ha buscado a usted, por su juventud, para liberarse. Pero se equivoca, nada más lejos de la realidad que eso, si Amanda lo ha buscado siempre ha sido a sabiendas mía".

Debo decirte que palidecí, y que busqué negarlo de miles de formas, al punto que hasta asumí frente a él, haciendo gala de mi ingenio, que era marica y que tenía pareja y que además estaba allí, "mírelo allí" dije señalando a Juvenal que en ese momento bailaba el final de un Cha - cha - chá, hecho una loca con la Flaca (que no paraba de reírse y reírse), e iniciaban al instante una descarga, el Sonido Bestial de Richi Ray y Bobby Cruz. "No se esfuerce" continuó, mientras bajo su camisa blandía lo que parecía ser una pistola "Éste es un juego en donde, para su sorpresa, usted ha sido el balón".

El resto fue para mí una amarga confesión "Usted se ha aferrado a ella y eso es peligroso. Se lo advierto por su bien, tómelo como una amenaza o como se le venga en gana, aléjese lo más que pueda. Ahora las cosas son distintas, con el embarazo de Amanda, el juego se da por terminado".

"¿Qué embarazo?" alcancé a balbucear apenas, por que en ese momento tú saliste del baño con la cara empapada de agua, secándote con un pedazo de papel o servilleta, y viniste directo hacia nosotros y lo saludaste a él sin el menor asombro, como si de antemano esperaras que esto sucediera, como si horas antes, juntos, lo hubieran planeado todo. Tuve que quedarme ahí, contemplando el beso socarrón que te daba en los parpados mientras con la mano abierta haciendo círculos acariciaba tu vientre. Yo buscaba tu mirada, intentando encontrar en ella un guiño de complicidad, una suerte de voz que me dijera tranquilo Bobby, tranquilo, todo está bajo control. Pero nada estaba bajo control, todos se habían dado cuenta de lo que pasaba y miraban hacía nosotros, más que atentos, desde la mesa contigua. Todos

sabían desde hacía algún tiempo, al menos parcialmente, el juego al que estaba siendo sometido y yo, pequeño estúpido, sólo atinaba a buscar en tu mirada una frase que dijera: "No es lo que parece, todo es un error". Estar allí parado era un maldito error, sin duda, tú y tu marido eran un error, la cáfila hipócrita de amigos con los que me había graduado también lo eran.

Salí del bar, antes de lo previsto, sin despedirme de nadie, con el libro de Carl Jung bajo el brazo, con el título recién obtenido de Psicólogo, que no me había servido ni siquiera para prever una historia tan absurda, tan patológica, tan de mala película ¿Qué clase de historia es ésta? Me dije al borde de las lágrimas, mientras me subía al taxi. El conductor trató de hacerme conversación y contrario a mi costumbre de darles cuerda a sus malditas mentiras hasta el final de la carrera, lo mandé al carajo. Me sentía apenado de que todos me hubiesen visto durante no sé cuánto tiempo la cara de marica, cuando siempre supuse que en esta historia era yo el burlador y tu marido el marica.

Luego de eso no hubo por un tiempo llamadas ni para ti ni para mí, aunque por mi parte no faltaron ganas de llamar, jugábamos a: *yo no te llamo tú no me llamas* y dadas las circunstancias era apenas razonable. Me desentendí de todo el combo y empecé a releer buscando entre mis libros y copias una teoría que me explicará aquella situación. Descolgué el teléfono, cambié de celular y me encerré asustado y deprimido a fumar y a ver televisión durante los primeros tres meses, sostenido por la mesada que me enviaba papá desde Miami.

Me quedaba callado detrás de la puerta cuando alguien tocaba y me asomaba por la ventana cuando sentía alejarse los pasos. El primer mes vinieron a verme: Ingrid y Antonio por separados, Juvenal y Adriana Galvis vinieron entre ocho y diez veces, y una vez a las tres de la mañana, trabado, se apareció Miguel. A ese sí le abrí, ... mientras se alejaba, y le grité mil veces: *Dónde te metiste la sinceridad malparido hijo de la gran puta.*

Fue Miguel el que finalmente me contó algunas cosas mientras nos tomábamos media caja de cervezas en un estanco abierto cerca de mi casa. Bueno reafirmó, en parte, lo que ya intuía, y me dijo que a partir de esa noche las cosas en el grupo se

quebraron, que después de mi partida, y de que tú te fuiste con tu marido todo fue una faena de reproches, una cacería de culpables, que todos le escurrian a los demás la responsabilidad de no haberme contado antes, y que el ambiente se puso tan pesado, tan tenso, que tuvieron problemas, incluso, hasta para dividir los gastos y pagar la cuenta.

Miguel sabía por boca de la chismosa de Adriana cada detalle de tu existencia y todo lo referente a tu embarazo, la situación en tu casa, en fin; y en cada una de sus posteriores visitas me mantenía informado cuando menos de alguna cosa nimia. Así fue como supe con alegría vergonzosa y desaforada las complicaciones de tu embarazo, que sufrías de constantes mareos y que le cogiste una fobia denigrante a tu marido que optaste por encerrarte largas horas en el baño y por negarle el sexo. Fue en esos días que me llené de ánimo y encontré por accidente la foto dentro del libro y escribí la dedicatoria con esta letra temblorosa que siempre he tenido, me la pasaba todo el día imaginando nuestro posible encuentro y por las noches me masturbaba y fantaseaba con tenerte de nuevo conmigo. Fue por esos días también en que inicié las llamadas, borracho, de madrugada para pedirte que me aclararas la burla, pero era tu marido quien siempre contestaba.

Hasta que un día me harté y no quise saber más, le pedí a Migue que se callara la boca y que no volviera por mi casa. Te juro que me olvidé de todo: del dolor, de la burla y de ti. Empecé a planear mi partida, me metí en clases de inglés intensivo y empecé a salir con Silvana, una chica bogotana del curso. Descubrí junto a ella Galería Six, un barcito con dos ambientes cerca del Colombo Americano, donde a menos de diez pasos podíamos pasar, a nuestro antojo, de música sinfónica a la salsa, de una meditación o una lectura tranquila y solitaria, a una rumba del carajo. Saliendo de clases nos topamos varias veces con tu marido, detrás del volante de su carcacha de carro blanco, quien me saludaba sacando la mano y con su clásica sonrisa, que siempre me asustaba, porque no hay nada más mierda y peligroso en este mundo que un tipo que anda armado y que es capaz de sonreír siempre.

No sé si alguna vez él te mencionó esos encuentros, no sé si tenía el valor suficiente de pronunciar delante de ti mi nombre y evocarme, o tal vez sí, claro, por supuesto que sí.

Lo cierto es que ayer por la tarde, el viejo entró hasta el Galeria Six y mientras yo, junto a Silvana, intentaba leer en inglés inútilmente *La Anatomía de la destructividad humana*, de Eric Fromm, se acercó a mí, con su maldita sonrisa de siempre. Las piernas me temblaban bajo la mesa mientras él me hablaba con una voz afectada del infortunio de tu embarazo. Me pidió mil disculpas como un niño arrepentido y me ofreció dinero para que volviera a verte, insistió tanto y tanto que entonces me fue dado ver lo evidente, que el agua moja, que dos y dos son cuatro y me sentí un verdadero estúpido: Dilucidé, en un fragmento de segundo lo fácil que habían resultado las cosas contigo, así, de repente, después de meses de acosarte y de famélica insistencia. Tus visitas hasta bien entrada la noche a mi casa, incluso los fines de semana, tu sospechosa resistencia al uso del condón.

Te juro que nunca me sentí merecedor de esto, por que nuestra historia de infidelidad, como tal, era una historia del común, del montón, porque pude abandonarte al principio sabiendo que eras casada, pero pude ver en tus ojos, más allá de tu talento histriónico, una carencia, el eco de un grito insistente que revelaba un vacío. La otra, la historia real, era una obra maestra de la crueldad, por parte de una puta desalmada y un viejo perverso y desesperado, y nada más imperdonable en un hombre después de los cuarenta que hacer visible un hilo de desesperación. "Viejo marica", le grité, zarandeándolo por la camisa. "Viejo hijueputa", volví a gritarle, sintiendo que algo dentro de mí se quebraba, apreté los dientes y los puños y no supe que más hacer o decir, salvo ponerme a llorar como un loco... Sali de ahí a toda prisa, como un animal poseso, corriendo hacia la calle, dejando a la pobre Silvana sentada al lado de ese malparido infeliz.

Sí, Amanda la última vez que te tuve fue en una foto... Lo digo porque es evidente que ya nunca te volveré a tener, lo digo porque después de tanto inventarte y reinventarte en mi cabeza he decidido romperla y junto con tu recuerdo mandarla al mismo infierno... Y porque justo ahora, en este instante, el altavoz anuncia la partida del vuelo 1108 rumbo a Miami y para el momento en que tú y tu marido lean este largo mensaje, mi vida, por fortuna, estará lejos de aquí.

BIENVENIDO PAPÁ

Caminaba solo, lento y desgarrado con una pesada maleta roja que le tensaba el brazo. Había demasiadas chicas lindas deambulando por las calles y los taxis también pasaban veloces y ocupados. Tenía en el bolsillo un billete de veinte mil pesos, falso y arrugado; cuatro monedas de cien, y una sonrisa que no se podía despegar de la cara.

¿De qué mierda se reía?

No tenía la menor idea, pero por más que se frotaba los labios con el reverso de la mano no conseguía borrarla de allí. Témele a un hombre que es capaz de sonreír siempre- pensó, extrañamente decidido-incluso cuando la mierda le llega al cuello.

No supo porqué pero recordó al padre y la última vez que lo vio. Fue dentro de un bus en medio de un torrencial aguacero. Estaba sentado mirando el paisaje móvil y mojado a través de la ventana cuando escuchó su nombre. Sus dos nombres de pila. De inmediato supo que era él, aunque la voz, ahora lánguida y ronca, no era la misma.

Sólo él y su madre lo llamaban por sus dos nombres, claro que su madre sólo lo hacía cuando se trataba de algo verdaderamente serio, cuando la situación era tensa y había algo de qué preocuparse.

De cualquier forma no le gustaba que lo llamaran por su segundo *maldito* nombre, se avergonzaba, le parecía ridículo, pasado de moda, con una sonoridad estridente.

Volteó la cabeza para mirar y ahí estaba: más viejo, más flaco, cabello largo, ojeroso, acabado, con la mierda hasta el cuello. Daba ganas de llorar. Entonces su padre esbozó una sonrisa lamentable, huérfana de dientes. Le faltaban por lo menos cuatro y sin embargo se reía ¿De qué mierda se reía su padre?

La esperanza no es lo último que se pierde, pensó atemorizado, sino los dientes.

-¿Para dónde vas?- preguntó el padre.

- Para la Universidad- contestó, y en el acto recordó lo que éste le decía cuando era pequeño: "Sólo los hombres a los que les faltan huevos van a la universidad".

-¿Y tú, hasta dónde llegas? -devolvió la pregunta a su vez, intentando ser cortés.

-¿Yo?, hasta donde escampe-contestó sin el menor asombro.

Hubo un silencio que duró minutos, miró hacia la ventana para contemplar una vez más el paisaje mojado, cuando volvió a girar la cabeza, su padre y su sonrisa sin dientes ya no estaban.

Puso la maleta roja en el piso y sacó el billete falso del bolsillo. Lo observó detalladamente, era falso, de calle, casi de juguete.

"¿Cómo mierda no me di cuenta?", pensó irritado.

Y no lo habría descubierto jamás de no ser porque unos minutos después de verse desamparado en la calle intentó comprar en una cigarrería algo para comer. El dueño, un tipo obeso con facciones orientales, después de revisarlo minuciosamente a contraluz le señaló el letrero "Todo billete falso se rompe" e hizo ademán de romperlo.

Él le suplicó que no lo hiciera, porque sabía dónde se lo habían dado y aún podía devolverlo. El dueño insistió en señalarle el letrero y amagó una vez más con romper el billete, entonces no tuvo más remedio que sacar coraje de quién sabe dónde y amenazarlo, diciéndole que volvería acompañado y que él y sus amigos le harían pedazos el maldito local.

"Venga, hijo de puta, aquí lo espero", contestó el dueño.

Pero cuando viró, resignado y tembloroso, sintió el golpecito del billete envuelto sobre la nuca.

"Métaselo por el culo", dijo el dependiente.

Entonces lo recogió del piso, lo desenvolvió, se lo metió en el bolsillo y salió a la calle nuevamente.

Había encontrado la pesada maleta en la puerta del apartamento al regresar de la biblioteca, sin una nota de explicación. Dentro estaba el total de su ropa, los zapatos, unos cuantos libros y en la corredera de afuera un CD recién comprado. Introdujo la llave en la puerta, pero la cerradura había sido cambiada. Oprimió el timbre varias veces, tocó con los nudillos durante un rato procurando no hacer demasiado

escándalo para no alertar a los vecinos, le marcó al celular pero Sara no contestó. No tenía la más remota idea de lo que estaba pasando: La maleta con sus cosas, el cambio de cerradura, ¿por qué diablos no le contestaba el teléfono?

Decidió bajar y salir del edificio, para marcarle desde un número diferente, tal vez así contestaría. Antes de dirigirse a una cabina atisbó para ver si notaba algún movimiento a través de la ventana, tomó unas piedrecillas del suelo y las arrojó contra el vidrio. Desistió y entró a la cabina y le marcó al celular infinitas veces durante quince minutos, pero tampoco encontró respuesta. De manera que dejó un mensaje en el buzón. ¿Qué había pasado? ¿Acaso Sara había descubierto alguno de sus secretos? Y si así había sido ¿Cuál de todos?

No supo porqué pero se sintió culpable, había tantas cosas en su presente y pasado que lo hacían sentir culpable, tantas cosas que lo avergonzaban, cosas que había hecho, cosas que había dejado de hacer. Se sentía culpable siempre. No se trataba de grandes mentiras o crímenes atroces, sino de cosas nimias pero punzantes, pequeñas omisiones, cosas que la gente da por sentadas, malos entendidos respecto a sí mismo que él asumía como propios, detalles engorrosos que lo atormentaban por las noches y le apuñalaban el sueño.

"Maldito sentido cristiano de la culpa", gritó en silencio, "Se es cristiano aunque no se crea en Cristo"

El sentido de la culpa le venía de parte de la madre, sin duda, la debilidad que durante años le había inculcado, instada por el temor de que algún día llegara a parecerse al gañán del padre. Era tanta la culpa que cuando llegaba ebrio a casa la madre le ordenaba que pidiera de inmediato disculpas a Dios y al día siguiente a sus amigos: "Tú no sabrás porqué pero ellos sí", le decía seriamente.

En los pocos años que vivió con el padre, este solo atinó a darle un consejo, breve y contundente "No des ni recibas consejos". El resto de cosas que intentó enseñarle eran lecciones prácticas: cómo embaucar a una mujer, cómo robarse un libro de una biblioteca o una fruta de un supermercado, cómo meter un billete falso.

Esta última lección la recordaba, ahora, mientras caminaba:

"Debes conseguir un billete de una denominación mayor a la del billete falso, entras a una tienda, compras cualquier cosa y pagas con ese billete, mientras sostienes oculto entre los dedos el falso. Si tienes suerte y entre las vueltas hay un billete de igual valor al falso, el trabajo está hecho. Sacas el billete de entre los dedos y le dices al dependiente que él te lo acaba de dar. Eso es todo, siempre funciona".

Se lo había dicho y se lo había demostrado unos minutos después en una tienda del barrio. Sí, el padre era un hombre práctico, no había necesitado ir a la universidad para comprender que la vida debe asumirse como una praxis y no como una moral. La noche antes de largarse entró a su cuarto y le dijo "No tengo dinero que dejarte, sin un peso te encontrarás en muchas ocasiones, pero quiero que pienses que tu único capital está en tu ingenio y en la estupidez de los demás. Sobre ésta última y sobre el crimen se han cimentado las grandes fortunas de la humanidad, nunca lo olvides".

Y ahora mientras lo recordaba, se puso a pensar que su personalidad negada era una conjugación de la de la madre y la del padre. La madre le había dotado de un corazón generoso y compasivo; el padre le había dejado por herencia una mente de rata. Sólo que él estúpidamente había generado una lucha interna entre ambos polos que había opacado la influencia del padre y no le permitía avanzar. Pensó de pronto que la mejor forma de asumir las dos influencias era complementándolas. El no sería su padre, no. Si él fuera su padre habría levantado la puerta a patadas y sería su mujer la que estuviera recorriendo las calles de Bogotá con una maleta en la mano. Si fuera su padre habría cogido por el cuello al maldito tendero y lo habría hecho tragar a pedacitos el billete de veinte mil pesos. Pero él no era su padre, él sí había ido a la universidad, la sonrisa que no podía desprenderse de la cara, por fortuna, aún tenía dientes.

Desde luego tampoco era su madre, no tenía por que disculparse o dar explicaciones a los demás, ya no se sentaría culpable, ni con la necesidad de aclarar frente a otros sus aspectos más oscuros, ¿A razón de qué? ¿Quién mierda lo hacía? Ya no andaría más torturándose con la existencia o no existencia de Dios, ¿cuál

Dios? si Dios existía era problema de él, y no suyo. Su problema era que él existía y que se encontraba caminando solo, sosteniendo una maleta pesada, con un billete falso como único capital por las calles de una gélida ciudad.

De repente decidió cambiar de dirección.

"Es mejor ir al norte que al sur", se dijo y viró de inmediato.

Tal vez más tarde volvería al edificio, tocaría de nuevo e intentaría conciliar con su mujer, o de ser necesario tumbaría la puerta a patadas para saber de una vez por todas qué diablos pasaba. Más tarde lo decidiría. De pronto, mientras pensaba en lo que de momento iba a hacer, se precipitó sobre el asfalto bogotano una lluvia exigua, que poco a poco fue acelerando en su ímpetu.

La gente empezó a correr despavorida de un lado para otro, tratando de guarecerse en algún lugar, algunos más precavidos desenfundaban sus paraguas y otros extendían periódicos abriendo ambos brazos como mártires crucificados. Él corrió como pudo, arrastrando la pesada maleta. En un cruce tropezó de frente con una mujer horrible, la más horrible que había visto en su vida, que también corría. En la esquina, cerca a un semáforo en rojo, un taxi vacío se detuvo. Sin pensarlo avanzó hacia él, abrió la puerta y entró.

Leyó el nombre del taxista en la cartulina donde además estaban escritas las tarifas. "Ese si es un buen nombre" pensó "Así debería llamarme yo".

De una corredera externa de la maleta sacó el CD, lo destapó y se lo pasó al conductor.

"Póngame la canción número seis" sugirió.

La canción era *The Traitor* de Leonard Cohen. La canción que Sara solía ponerle cuando acababan de hacer el amor, de la cual él no entendía nada, pero se sabía de memoria.

El taxi avanzaba presuroso hacia el norte, mientras la gente en la calle se desgafitaba inútilmente estirando los brazos por conseguir un taxi vacío. Los buses también pasaban repletos, a reventar.

"*I touch her here and there -- I know my place* , cantaba al unisono con Leonard Cohen.

"Hasta dónde lo llevo" le preguntó el taxista.

"I kiss her open mouth and I praise her beauty, and people call me traitor to my face", seguía cantando abstraído. Los vendedores de paraguas hacían su agosto en las esquinas, Leonard Cohen y su voz, desgarrada como la lluvia, continuaban inundándolo todo. Todo. La voz de Leonard y los violines de su banda se deslizaban suavemente a través de su mente, como las gotas de lluvia que lamían con sus delgadas lenguas el parabrisas del taxi, pero a diferencia de éstas las notas de Cohen no podían ser fácilmente removidas.

"Hasta dónde lo llevo" volvió a preguntar el taxista, frenando en un semáforo, girando el cuerpo y mirándolo a los ojos.

"Hasta donde escampe" contestó el hombre, sin el menor asombro.

AURA O NUNCA

Apostando al caballo equivocado de Dylan Thomas

TOMA 1

Aura sale con la luz. Salta, da vueltas, se sujeta del trapecio. Finge caer, luego se levanta, gira hacia un lado y hacia otro. Camina por allí, domina la escena, la gesticulación adecuada, los movimientos y el tiempo preciso. Hace lo que quiere, sabe que puede, se devuelve y al final sube y se pierde en lo alto del trapecio.

Hay a quienes les gusta verla allí, y quienes quieren que se caiga y se rompa hasta la punta de las tetas.

—Tengo lindas tetas— me dice, en el mismo instante en que frente al espejo de su closet se acomoda, por debajo de la blusa, el brassier.

—Eso es seguro, Aura—contesto con falso desinterés, mientras recojo disimuladamente del nochero, y guardo entre la pretina de mi pantalón, un librito; una antología de poetas británicos y americanos que le había dejado prestada hacía más de un mes, y que está tal cual, llena de polvo, en el sitio donde la dejé.

A Aura no le interesa T.S Elliot, ni Emily Dickinson, ni Ezra Pound, ni e.e cummings, ni Dylan Thomas; no sabe de ellos: Mis amigos muertos. Como no sabe lo que es caminar de madrugada, solo, ebrio y sin plata, por las calles de ciertos barrios complicados o encontrar una dirección perdida en ellos. Pero no le importa, que le va a importar, papi y mami siempre enviarán dinero suficiente para pagar las insulsas deudas de su Master Card; y además es alta, tiene lindas piernas, camina erguida, sus lindas tetas siempre apuntan hacia adelante.

Es imposible ir a su casa y encontrarla sola. El Vasco (un argentino horriblemente franco) y Rina (una gordita francamente horrible) la acompañan hoy. Siempre tiene algo que hacer, su celular suena y suena y suena, todo el tiempo, con la insistencia de un hipo. Está en su cuarto de hora, no me cabe la menor duda, y aún le falta demasiado para el minuto dieciséis. En su mente es lo que pensó que sería hace

diez años, tal cual. Su "cómo" ha moldeado lentamente como un rastrillo la geografía de su "qué" convirtiéndola en una princesa sutil de apariencia invulnerable.

Tiene una hilera de amigos enamorados a los que sostiene felices, entre ires y venires, de un hilo mordido; aletargados, entre otras cosas, por su cintura pequeña, por esa manera suya de estar segura como quien siempre apuesta al caballo correcto y por los efectos curativos de su risa de tonta. Yo me mantengo abajo, distante y estúpido, diciéndome que es demasiado popular para mi propio gusto, sostenido por la certeza de que nunca nadie caerá para arriba.

Salimos de su casa y nos desplazamos por las calles del Centro hacia los arrabales de la salsa. Cruzamos ateridos entre los bustos de los mártires y entramos a un bar. Llevo a Aura hasta el centro de la pista y bailo con ella como se debe bailar. La aprieto. La aprieto un poco más. La miro pálida entre la luz cortada, recorro los detalles de su rostro dispar, mientras me comenta, como quien ve de repente una moneda en el piso y se agacha a recogerla, que yo creo en el tiempo.

— ¿Tú crees en el tiempo, verdad?

—Sí, claro— digo, sospechando que quizás se trata de una sus tantas frases vacías como la tumba de nuestro señor Jesucristo, pero leo en su mirada la perspectiva de alguien que me trata, y me tratará siempre, como al muchacho que apuesta al caballo equivocado.

—Siempre actúo por debajo de mis posibilidades—le digo. Una de mis cuatro frases de batalla, elaboradas. Traigo a colación algo relacionado con negociar mal un posible aumento, algo de mi lamentable trabajo.

—No se trata de eso...—dice, y luego se frena.

— ¿Entonces?

En ese instante suena su celular, mira el número en la pantalla y rechaza la llamada.

— ¿Entonces?

—No, nada—agrega después.

Su celular vuelve a sonar y hace lo mismo.

— ¿Y entonces, Aura?...dime.

—...
Y siento que en su silencio se ha perdido algo, quizás la moneda que no podré recoger y que me hará falta algún día para tomar el bus de la dicha, o el papel con el nombre y el número del caballo ganador.

Sin previo aviso me toma de la mano y me conduce hasta la barra donde están anclados el Vasco y Rina, me da un beso cálido en la mejilla (más bien en el cuello), tierno y real; adentro: algo ínfimo y puntiagudo se quiebra y se queda atascado. Me aferro a la música al son del timbal y las tumbadoras, me empino el vaso con el líquido amarillo que llega, y eso me recuerda, una vez más, que la felicidad hecha a mi medida viene en botella.

Un par de horas después salimos dando tumbos del bar y nos sumergimos dócilmente en la noche oscura. La soledad de la calle se abre ante nosotros, gratuita y generosa, como las piernas de una joven ninfómana. Saco el libro y recito en voz alta un poema de Dylan Thomas, para Aura:

Porque bajo los signos del cielo, quienes carecen de brazos tienen las manos más limpias Y así como el espíritu sin corazón es el único sin penas, así también el ciego ve mejor.

Ella murmura y celebra con los otros el descaro de otro chico enamorado de la luna, cree saber que yo también cuelgo inerme de esa red de hilos mordidos que ha creado.

Cree saberlo ahora, sentados en el sofá de su casa, donde me falta todo: cigarrillos, ron, un abrazo, música adecuada, plata para el taxi, voluntad para largarme. Cruzo mi brazo muy cerca de su espalda sin una pizca de intención. "No me toques, mariquita" me susurra despacito y se ríe con su risa de idiota; "¡¿Ah?!". Y me resguardo en mis noches, en todas esas noches que he amanecido vivo en sitios más muertos que éste, sin el rasguño de una bala. "Ahora es demasiado tarde, princesa" dice el tipo en la canción, ella baila y me jala hacía la improvisada pista, dándome la espalda y moviendo sus caderas. Ahora es demasiado tarde, me digo, y el sol afuera afila sus uñas para puyarnos los ojos.

El Vasco y Rina en el otro sofá (recién conocidos) nunca iniciaron la batalla, ni siquiera lo intentaron, o eso creo. Aura se dispara hacia la còcina o a algùn lugar de la casa, y el Vasco desde el sofá vecino va al baño a mear, se entona con un par de líneas blancas y luego hace una llamada desde su celular.

Me acerco a Rina, ahora solitaria, e intento besarla a la fuerza "No hay mujeres feas si no hombres sobrios", le digo. Rina se aparta de mí y estalla en una absurda carcajada mientras se pone los zapatos; me rio también, sin saber a ciencia cierta de qué. El Vasco vuelve por la chica horrible que la noche mala le dejó en suerte, me despido de él con un abrazo innecesario y se marchan juntos, tomados de la mano, hacia el interior de un taxi amarillo. Voy hasta la cocina por un vaso de agua helada y veo a Aura de espaldas en su cuarto, semidesnuda, con una braguita diminuta, lista para dormir, recostando la cabeza sobre un enorme perro de peluche. "Me voy" le digo desde afuera, temblando, sin atreverme a entrar "Me voy, Aura, corazón, nos vemos el lunes". "Cierra bien la puerta", me grita, sin voltear a mirarme, usando un tono tan frío como el cadáver de un esquimal. Y empiezo a verla de nuevo subirse y perderse en lo alto del trapecio, dando vueltas y más vueltas, girando de un lado para otro, peligrosa, haciéndose distante de mí, que sigo abajo, apostando una vez más al caballo equivocado. Dónde se detendrá, me pregunto antes de tirar la puerta y enfrentarme al sol de la calle: Nadie lo sabe.

LO QUE DURA UN CIGARRILLO

Los cigarrillos se hicieron para esperarte Moly.

Todas las tardes a las 5:50, en las afueras del planetario, sentadas sobre las gradas o recostadas sobre los árboles había gente, hombres y mujeres, esperando.

Cuando menos había unas ocho o nueve personas, fumando, mascando chicles, caminando de aquí para allá, como en las afueras de una urgencia o de una sala de parto. Otros aprovechaban el tiempo y leían un librito de bolsillo o un anillado de fotocopias, llamaban desde sus celulares o se ponían de pie y compraban minutos a la misma señora que vendía las cajetillas de chicles y los cigarrillos. Las chicas por lo general se soltaban o recogían el cabello y se retocaban el maquillaje al tacto o frente a un espejito de manos.

Yo me sentaba a esperar. La mía era una espera infundada: una espera inútil sin cigarrillos y sin esperanzas. Y los que han sucumbido ante el hábito malsano del cigarrillo saben que una espera sin cigarrillos es tan dura o peor que una espera sin esperanza. Tenía veintiséis, estaba solo y sin empleo en una ciudad que desconocía y había decidido por enésima vez sin que nadie me lo pidiera (persona o enfermedad) que no fumaría más. Y era de verdad. Por esos días yo era un hombre solitario y los eventos de mi vida eran tan extraños, opacos y vacíos que me sentía atrapado dentro de una película con un argumento flojo y esperaba la hora en que empezara la película que exhibirían en el cineclub Dublín para sumergirme sin reservas en otra realidad, en una realidad que yo consideraba estaba más hecha a mi medida.

Mientras esperaba observaba a todos aquellos que sí tenían a quien esperar. En ocasiones alguna mujer me arrojaba una mirada escrutadora o de complicidad y yo inconscientemente fingía la agonía propia y la impaciencia de quien espera de verdad. Me sobresaltaba, miraba el inexistente reloj de pulso o el celular, me movía de un lado para otro de una manera tan natural que hasta llegaba a creérmelo. Hay momentos en los que uno llega a convencerse tanto de lo que finge, como cuando juega al sospechoso frente a un guardia de seguridad en un banco o en un centro

comercial y termina, sin remedio, por avanzar con cierta sensación de pánico y culpabilidad.

Todos los días dejaban a una o dos mujeres esperando. Quienes después de una espera excesiva se iban caminando con un rostro desconsolado mirando para atrás, cada cierto tiempo, en busca de un suceso de último minuto. Y me gustaba imaginar que en muchos otros sitios de la ciudad, en estaciones de autobuses, en paraderos, plazas, parques, bares y cafeterías, la escena tortuosa de la espera se repetía infinitamente y que en cada una de ellas alguna mujer había sido plantada.

Me preguntaba qué pasaría si un hombre se dedicará todos los días a abordar en una parte diferente a una mujer distinta. Un desocupado solitario que estuviera a la caza de mujeres que hubiesen sido plantadas después de una larga espera. Una mujer distinta todos los días, pero con la misma treta, el mismo recurso banal, la misma estrategia llena de lugares comunes y el mismo fin inevitable: dos cuerpos sobre una cama y bajo un par de gruesas cobijas.

En mi ciudad concretar esta idea habría sido factible, pero el hecho de sentirme distinto y ajeno me llenaba de temores. Yo no era precisamente un hombre tímido, tampoco alcanzaba la categoría de temido, mi repertorio era escaso pero eficaz. Sin embargo, no sabía cuál era la forma más propicia para abordar a las mujeres en esta ciudad. A lo máximo que llegaba era a cruzar alguna mirada insinuante o coqueta y aunque notará cierta disposición o apertura de parte de ellas, jamás me atrevía a incursionar en las palabras. Me intimidaba ser tosco e inapropiado, me producía pánico imaginar a una mujer gritando "Auxilio, auxilio" en medio de la calle después de haberme atrevido a decirle algo.

Había llegado a Bogotá hacía poco tiempo, y vivía en un apartamento dos calles arriba del planetario, un aparta-estudio amplio, tan amplio que los amigos del dueño lo llamaban aparta-estadio. El dueño era un escritor reconocido que había viajado a Nueva York a cumplir con una residencia artística. Como el escritor era el mejor amigo de un amigo de un primo de mi mamá, me había dejado el apartamento por casi nada: yo debía pagar puntualmente los servicios durante tiempo que duraba la

residencia, tiempo, en teoría, más que suficiente para que yo encontrara un empleo decente y me estabilizara.

Departí dos días con el escritor antes de su viaje, nunca había conocido a un escritor de manera personal y me pareció un hombre tranquilo y generoso. Puso a mi disposición muchas de sus cosas, se ofreció a presentarme amigas y contactarme con alguna gente cuando regresara. Entre las cosas que me facilitó, además de un gabán gris que siempre usaba por esos días, estaba el carné de un cineclub al que asistía diariamente, me dijo que con solo cambiarle la foto, podía entrar gratis y en compañía de alguna fulana, pero yo solía asistir solo.

Era el cine-club Dublín, escenario donde trascurriría una novela que había empezado escribir y que intentaría culminar durante su estadía en La Gran manzana. La trama, me explicó mientras lo acompañaba en un taxi rumbo al aeropuerto, consistía en desentrañar la vida de un hombre que un día, después de una función había aparecido degollado en una de las sillas del teatro. Me aclaró que estaba basada en un hecho real que había dado de que hablar hacía algunos años en la ciudad.

Yo pasaba la mayor parte de esos días buscando trabajo, leyendo clasificados, enviando correos electrónicos, caminando de un lado para otro sin un rumbo predeterminado, dejando hojas de vida, haciendo entrevistas, llenando formatos, escuchando dos o tres veces al día que alguien me dijera " Muchas gracias, señor, nosotros lo llamamos". Pero mi teléfono nunca o casi nunca sonaba, podía pasar un día entero e incluso semanas sin recibir una sola llamada. Por las noches la pasaba chateando con perfectas desconocidos o hurgando libros en la biblioteca del escritor. Muy de vez en cuando el timbre de mi teléfono se agitaba y cuando me abalanzaba sobre él para contestarlo con emoción creciente, se trataba, casi siempre, de un mensaje de la empresa de celular diciéndome que me quedaban cinco días para recargar mi tarjeta o mi servicio sería suspendido.

Por las tardes caminaba por las calles saturadas, observando a la gente con una mezcla de curiosidad y pánico. Demasiada gente tomada de la mano, me decía, demasiada gente besándose o acariciándose, demasiada gente diciéndose mentiras

románticas al oído. El incisivo paisaje de parejas parecía intensificar mi soledad, había algo propio en la dinámica de la ciudad que indicaba que todo estaba diseñado para ser compartido, y eso me recordaba que yo no tenía a nadie con quien compartir y ni siquiera a nadie a quien esperar.

Por supuesto había también muchas personas solas, por lo general pegadas de un cigarrillo. Un lamentable ejército de mujeres solas fumando y llorando en la calle, en una sola jornada podía descubrir entre treinta y setenta mujeres llorando. Sí, todos los días entre las tres y las seis de la tarde, entre la calle cuarenta y cinco y la calle diecinueve a lo largo de la avenida séptima veía a decenas de mujeres llorando. Cuando me atrevía a comentarlo con Mario, el portero del edificio, o con algún otro conocido me miraban extrañados y me tomaban por loco, "¿mujeres llorando?", me decían, "yo nunca he visto nada". Sin embargo mientras caminaba seguía viendo a decenas de mujeres llorando sin que nadie más, en apariencia, se percatara de ello. ¿Era eso un descubrimiento? Y me preguntaba antes de instalarme en las afueras del planetario, antes de disponerme a esperar la hora en que se diera inicio a la película ¿Cuál es la razón por la cual había tantas mujeres llorando en Bogotá? Quizás tanto llanto no era más que el reverso de tanta expresión indomable de afecto, quizás los novios elegían lugares públicos y lejanos a casa para abandonar a sus chicas, o las dejaban plantadas sin explicación alguna en lugares concurridos, tal vez la dinámica opresiva de la ciudad terminaba por impregnarlas en su soledad de una especie de fuga lacrimonal, de un llanto incontenible, sin cuartel e irrefutable.

Una de esas tardes mientras esperaba y cruzaba miradas con una chica que me recordó mucho a la mujer que me había abandonado y por cuya causa me encontraba en esta ciudad, el timbre de mi teléfono se empezó a agitar, lo saqué del bolsillo y como era de esperar se trataba de un mensaje de la empresa de celular, en el que me decían que si enviaba un mensaje de texto con código tal me podría ganar diez millones de pesos. Yo no tenía un centavo con que responder a esa petición, ni suerte suficiente con que ganar en ningún sorteo, como la chica me

observaba insistentemente, apenado, decidí fingir una conversación dejando, como era natural, unos breves intervalos de silencio.

Cuando terminé de hablar miré a la chica y me sonrió. Entonces vi como una puerta se abría, como un muro tal vez nunca existente se derrumbaba ante mis ojos y me acerqué sin pensarlo.

-A ti también te dejaron esperando- me dijo la chica y volvió a sonreír.

-Te invito a ver una película- Fue lo único que se me ocurrió decir.

No podía creer la simpleza del asunto ni todo el tiempo desperdiciado, y un segundo después caminaba sobre la carrera séptima rumbo al cine club, al lado de una chica muy parecida a mi última mujer, aunque un poco más alta.

Ansioso y desesperado, traté de parecer interesante mostrándole con avidez algunos de mis inútiles descubrimientos, le hablé de las decenas de mujeres lloronas de Bogotá, pero no me creyó. Entonces tuve que mostrárselas. "Mira allá" y "mira esa" le decía y en el transcurso de cuatro calles, contamos al menos cinco o seis mujeres llorando. Le mostré, a la altura de la calle veintitrés, el que a mi parecer debía ser el único grafitis del mundo en el que se usaba un punto y coma, al menos era el único que yo había visto. Le parecieron raros mis comentarios y me preguntó a qué me dedicaba, y yo le contesté rápidamente que era escritor y que en tres meses me iría a vivir a Nueva York para cumplir con una residencia artística. Le dije, además, que intentaría culminar una novela cuya trama trascurría en el cine club al que nos dirigíamos, que el cine club era una antigua sala de cine que había cerrado a raíz de un extraño incidente. El incidente era el tema de mi novela: Una noche después de la última proyección cuando encendieron las luces de la sala, habían encontrado en una de las sillas a un hombre degollado, que sostenía unas palomitas ensangrentadas en las manos.

Llegamos al cine club, entregué mi carné al portero y entramos. En la salita de espera se podía tomar café gratis, así que serví dos vasos. Allí mismo estragaban un papel con la sinopsis de la película del día anterior, que había sido *Buenas Noches, Buena Suerte*, escrita y dirigida por George Clooney. La película de ese día era *Gracias por fumar*, dirigida por Jason Reitman y cuyo cínico y entretenido argumento resultó inspirador para mí.

Justo cuando se corrian los créditos del final de la película la besé, salimos a la calle y caminamos tomados de la mano hasta el apartamento. Le dije mientras caminábamos que mi aparta-estudio era tan amplio, que mis amigos por bromear lo llamaban aparta-estadio. Me dijo que estudiaba antropología, que le gustaba escribir poemas y que se moría de ganas por leer algún libro mío.

Pasamos por el planetario, por la plaza de toros, subimos las dos calles, entramos al edificio, saludamos a Mario y por último entramos al apartamento. Ya estando dentro la besé largamente, ella se desprendió y estrechándome la mano me dijo su nombre. "Moly Suen, mucho gusto". En ese instante caí en cuenta de que yo tampoco le había dado el mío y como estaban las cosas yo no sabía si debía decir mi nombre, el del escritor, o decir cualquier otro. "Franklin", dije. Dicho esto me acerqué nuevamente a ella y puse mi oído sobre su pecho: su corazón era un pez recién sacado del agua, la abracé y sentí que temblaba. Luego la besé, la besé con desespero introduciendo la lengua en su boca hasta rozarle la garganta. Avanzamos caminado hacia la cama, yo de frente y ella de espaldas. La tendí allí, la desnudé suavemente y besándole la entrepierna introduje mi lengua en el interior de su templo. Estaba demasiado húmeda, tanto que su líquido se deslizaba por las hendiduras de mi boca. Me desnudé y pretendí metérselo al instante, pero cuando rozaba circularmente sus pezones con la punta de mi pene y le chupaba los pezones, me detuvo.

-¿Tienes un condón?

Yo no tenía, pero supuse que el escritor en algún lado debía tener alguno.

-Sí, ya regresó- le contesté.

Me puse de pie, revisé los cajones del noyero sin hallarlo, seguí revisando en otros sitios: en los armarios. Salí del cuarto, busqué en la cocina, en la biblioteca, en todos los recovecos del apartamento. "Ya voy" le gritaba mientras seguía buscando "Ya voy" repetía cada cierto tiempo. Me detuve un instante y traté de pensar en la forma como pensaría un escritor: ¿dónde mierda un escritor metería un condón?, pero no se me ocurrió nada.

Cuando por fin regresé al cuarto sin nada en las manos, la encontré vestida. El fervor de minutos atrás se había diluido, no solo en ella, de alguna forma yo también compartía esa sensación. La abracé nuevamente y la besé introduciendo mi lengua en su boca, intentando desnudarla torpemente sin ninguna convicción, le doble el brazo y traté de someterla mientras ella se resistía. Nos enfrascamos durante algunos segundos en una lucha ridícula y vulgar, hasta que finalmente desistí y me fui a la sala. Ella se vino detrás de mí y me beso en la espalda, pero sin ningún rastro de morbo, intentando parecer tierna o comprensiva.

-Me debo ir, Frank- dijo intentando tomarme por sorpresa.

-Como quieras -contesté.

-¿Nos volveremos a ver?- preguntó ella.

-Por supuesto-dije.

-Entonces nos vemos mañana a las seis, en las afueras del planetario ¿te parece?

-Seguro-dije, mientras le habría la puerta para que saliera y luego la cerré de un sopetón.

Cuando se fue me puse a buscar el condón un rato más, pero al no hallarlo por ningún lugar me cansé, me fui a la cama, me arropé, me hice una merecida paja y me quedé dormido.

Al día siguiente, a las cinco en punto, me levantó el timbre de mi celular: Era mi madre que había tenido un sueño extraño y quería saber si estaba bien, le dije que sí y me volví a quedar dormido como si en verdad todo estuviera bien.

Durante el transcurso del día, leí los clasificados, envié varios mail, hice varias llamadas, llené algunos formatos y realicé un par de entrevistas de trabajo. Por la tarde caminé un rato largo por la séptima pero por primera vez no vi a una sola mujer llorando. Tal vez porque después de comprar un paquete de seis condones en una farmacia me distraje pensando en el desperdicio de la noche anterior con Moly, en el tamaño y en el sabor de sus tetas y en la hondura y humedad de su caverna desperdiciada.

Llegué poco antes de las seis al planetario, al menos diez personas estaban ahí esperando, caminando de un lado para otro, encendiendo cigarrillos, mirando con

insistencia sus relojes o hablando a través de sus celulares. El tiempo pasaba y Moly se tardaba en llegar, empecé a experimentar de verdad la pueril agonía de quien espera. Me puse de pie, fui hasta donde la señora que vendía minutos, tomé el teléfono e intenté llamarla. Pero recordé que no le había pedido su número ni le había dado el mío. ¿Dónde estaría? ¿Le habría pasado algo? Entonces compré un cigarrillo y volví a sentarme. Al frente mío una chica pelirroja que fumaba, me miraba insistentemente con ojos llorosos. Tenía puestos unos zapatos verdes de bolitas blancas, un jean ajustado y encima de una blusa negra una chaqueta marrón; mientras fumaba se acariciaba desesperadamente, con el índice y el pulgar, la punta de la nariz. Me acerqué a ella y le pedí fuego para encender el cigarrillo, el sabor del humo me resultó un poco áspero y estornudé. Aproveché la cercanía a la chica y la miré en detalle: no estaba nada mal. Volví a mi lugar. Moly seguía sin aparecer y la película estaba a pocos minutos de empezar. La chica pelirroja no dejaba de mirarme. Me sonreí con ella, ella también sonrió, di una calada larga, eche una nube de humo en dirección al cerro y me dispuse a esperar sólo el tiempo que el cigarrillo durara.